

1 pta

# EL PROCESO DREYFUS



HEINRICH GEORGE  
FRITZ KORTNER  
OSCAR HOMOLKA  
GRETA MOSEIM

EDICIONES  
BISTAGNE

**EL PROCESO DREYFUS**

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

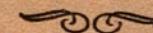
Diretor: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## EL PROCESO DREYFUS

Sensacional cinedrama sonoro, en el que se pone de manifiesto, de un modo vibrante, el error jurídico que conmovió a la humedad entera

Dirección del  
**DR. RICHARD OSWALD**



Es un film de  
**Exclusivas HUET**  
Paseo de Gracia, 66  
BARCELONA

Argumento narrado por **José Sagré Pera**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

#### INTERPRETES PRINCIPALES:

Fritz Kortner  
Heinrich George  
Oscar Homolka  
Greta Moshein

# El proceso Dreyfus

#### ARGUMENTO DE LA PELICULA

Tras una vida de vicio y depravación, el comandante conde Esterhazy, jefe del batallón de infantería número 74, se encontraba en una situación económica insostenible.

Agotado el crédito, agobiado de deudas, ante la alternativa de suicidarse o hacerse con dinero a costa de su honor, optó por el último camino. Y se dirigió a la embajada alemana para concertar la más ignominiosa, la más grande de las infamias: la venta de su patria.

Unos miserables miles de francos habían de ser el precio de la

repugnante traición. Esterhazy cobraría según el importe de los documentos que entregara al enemigo.

Esterhazy era hombre sin escrúpulos. De aspecto antipático, con sus ojos pequeños y hundidos de tal forma que parecían ocultarse bajo la sombra de las espesas cejas, de pómulos salientes y grandes bigotes lacios, de regular estatura, quizás más bien un poco bajo, era hombre que inspiraba ya cierta repulsión instintiva...

Corría el año 1894. Esterhazy, después de entregar documentos de

gran importancia al agregado militar alemán, le escribía un día facilitándole nuevos informes, especialmente sobre el freno hidráulico 120, y le anunciaba al propio tiempo el próximo envío de otros documentos de trascendencia.

Sin embargo, esta carta no había de llegar a su destino y había de ser el famoso *bordereau* sobre el cual descansa el célebre proceso que había de arrastrar a la República Francesa a una honda crisis interior.

La frecuente desaparición de aquellos documentos había producido gran alarma e inquietud en la Oficina francesa de espionaje y contraespionaje. Sobradamente se sabía que los Estados Mayores alemán e italiano poseían una formidable red de agentes que extendían sus tentáculos sobre el Ministerio de la Guerra para descubrir los secretos militares de Francia, pero no podía comprenderse de qué forma desaparecían documentos de tanta importancia como venía sucediendo desde algún tiempo.

Para contrarrestar y anular aquel cerco a que se sentían sometidos, la Oficina de espionaje y contraespionaje, sección de Informes, hizo vigilar atentamente a los agregados de las embajadas italiana y alemana, especialmente de la última, don-

de se había conseguido colocar a una mujer francesa, madame Basstian, encargada de la limpieza, cuya misión consistía en apoderarse de los papeles rotos que hallara en la papelera y entregarlos a la Oficina de Informes francesa, donde eran examinados y recompuestos aquellos que tenían alguna importancia.

Por este conducto habían llegado a manos del Estado Mayor algunas cartas reveladoras de la traición de un oficial francés. Y por los documentos desaparecidos y el carácter de los informes contenidos en el célebre *bordereau*, surgió la idea de que el traidor pertenecía al propio Estado Mayor.

Todo eran conjeturas. Todo suspicacias... Todos hacían suposiciones sobre quién pudiera ser el traidor y se analizaba la vida particular de cada uno de los oficiales, calculando sus posibilidades de traición... Era un mutuo espionaje a que se entregaban los mismos oficiales del Estado Mayor.

¿Quién era el traidor? ¿Por qué procedimientos conseguía apoderarse de los documentos del Ministerio de la Guerra? Una atmósfera de ahogo, de cruel incertidumbre, preñada de recelos, pesaba sobre la Oficina de Informes y encogía los corazones.

Así las cosas, el comandante Henry, subjefe de la Oficina de Informes, y el comandante Paty de Clam, fueron llamados a presencia del jefe de la Oficina, coronel Sandherr.

El comandante Henry era un hombre alto, robusto, impulsivo y ambicioso. Paty de Clam, de rostro duro y mirada acerada, tenía un aspecto poco simpático. Era receloso e hipócrita...

Al llegar frente a su jefe, éste les manifestó:

—Señores, les he llamado por indicación del señor ministro. El general Boisdeffre me comunica que los delitos se hacen cada día más frecuentes en nuestro Servicio de Información. Documentos de gran trascendencia siguen sustrayéndose del Ministerio de la Guerra para ser entregados al enemigo.

Su mirada inquieta iba de Hen-

ry a Paty de Clam. El coronel Sandherr estaba visiblemente agitado.

—El pueblo tiene derecho a pedirnos explicaciones—añadió.

Ambos oficiales permanecían inmóviles, cuadrados ante su jefe, aguantando estoicamente aquella avalancha.

—Nuestro Servicio de Información no responde debidamente, y espero de ustedes —terminó—, comandante Henry y Paty de Clam, que cumplan con su deber.

Verdaderamente, la situación creada por la desaparición de documentos militares se hacía cada día más insostenible. Podía trascender al público y la Prensa realizar una campaña de des prestigio para el Estado Mayor. Era absolutamente necesario que no se prolongara ya por más tiempo y había que impedirlo a toda costa.

Entretanto, mientras tales cosas

sucedían en la Oficina de Informes, el comandante Esterhazy, en un music-hall, perdía hasta el último céntimo en el juego. Se levantó aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Margot, su amiga, fué hacia él.

—Necesito dinero, Margarita —dijo el traidor con una naturalidad que sólo da la costumbre o el cinismo.

—Te dí ya todo lo que tenía— objetó aquella mujer que, en el fondo, sentía una pasión sincera por el miserable.

Sin mirarla, sin decirle una palabra más, éste se alejó de ella. A unos pasos le esperaba Dubois, cartógrafo en el Ministerio de la Guerra y su cómplice de ignominia. Se acercó al comandante y con voz queda dijo:

—Comandante Esterhazy, necesitaría...

También iba seguramente en busca de dinero. Comprendiéndolo así, Esterhazy no le dejó acabar:

—Hoy, no, Dubois...

Este insistió nuevamente:

—Tengo algo para usted, mi comandante...

Esterhazy simuló no prestar atención.

Dubois volvió a la carga:

—...Pero esta vez vale dos mil francos.

Esterhazy levantó la mirada hacia su cómplice.

—¿Dos mil francos? —exclamó.

—¿Los pagará la embajada? —preguntó Dubois.

—Lo intentaré —murmuró el oficial, y, disponiéndose a salir, añadió: —Llévelo a mi casa.

Unas horas más tarde Esterhazy se hallaba en su despacho consumiendo una nueva traición. Acababa de redactar una carta, que más tarde habría de ser el célebre *bordereau*, por la cual facilitaba al agregado alemán trascendentales informes.

En aquel momento entró Dubois.

—Le traigo el documento, comandante Esterhazy —manifestó.

Este no se volvió siquiera. Estaba escribiendo el sobre:

*“A la Embajada Imperial Alemana.”*

*“Para entregar personalmente al consejero von Walter.”*

*París.*

Insistió Dubois:

—Si no tiene dinero, lo llevaré a la Embajada alemana.

Esterhazy siguió impasible. Enfundó la carta en el sobre y lo cerró.

Dubois mismo, unos momentos más tarde, lo llevaría personalmente a la Embajada alemana completando la infamia...

Efectivamente, unas horas después, Dubois se hallaba frente al consejero von Walter. Y viendo que éste se disponía a abrir el sobre, advirtió descaradamente:

—El pago ha de ser antes de la lectura, señor embajador...

Este no pudo reprimir una sonrisa despectiva.

Dubois insistió:

—Le agradeceré me dé dinero al contado...

Von Walter abrió el cajón del escritorio, sacó de él una cantidad y la entregó a Dubois, quien, satisfecho, tendió la mano al consejero para despedirse, pero éste simuló no advertir su gesto para no estrechar la mano a un traidor...

—Hasta la vuelta —dijo.

Seguidamente von Walter examinó los documentos contenidos en el sobre y, dirigiéndose a su ayudante, que se hallaba de pie a su lado, manifestó:

—Una lista de documentos militares... ¡Nada interesante!

Y diciendo esto, cogió la carta y la hizo pedazos, arrojando éstos a la papelera, de la cual había de recogerlos madame Bastian para llevarlos a la Oficina de Informes francesa...

En efecto, al día siguiente, el comandante Henry, que había recibido la promesa de una alta recom-

pensa si descubría al traidor, se hallaba en su despacho meditando los medios de que se valdría para conseguirlo. Su ambición desmesurada le llevaba a las más fantásticas suposiciones, haciéndole ver el traidor en cuantos le rodeaban.

En aquellos momentos llamaron a la puerta.

Era madame Bastian que le traía los trozos de carta hallados en la papelera de la embajada alemana. Henry los recompuso y los examinó detenidamente. Por su rostro cruzó una expresión de triunfo.

—¿Cuánto pide usted por esto? —inquirió afectando indiferencia.

—Cien francos —murmuró madame Bastian.

Henry abrió el cajón del escritorio, contó aquella cantidad y la entregó a la buena mujer, que salió satisfecha y sonriendo.

El comandante Henry, al quedar solo, no pudo contener su satisfacción. Aquellos documentos señalaban una pist. El cerco se estrechaba alrededor del traidor que —pensaba— no tardaría en caer en sus manos.

Incapaz de resistir la agitación que le dominaba, cogió nerviosamente el kepis y voló hacia la Oficina de Informes.

—¡Aquí traigo la prueba irrefutable de la existencia de un traidor

en el propio Estado Mayor!—exclamó al entrar, mostrando triunfalmente la carta que le había entregado madame Bastian.

El coronel Sandherr casi se la arrebató de las manos. Examinóla atentamente, con avidez. La leyó y releyó múltiples veces...

El comandante Paty de Clam se había acercado también, revelando su rostro una profunda curiosidad e impaciencia mal contenidas.

—¡Ha hecho usted un magnífico hallazgo!—exclamó el coronel Sandherr dirigiéndose al comandante Henry.

Y señalando el revelador papel, exclamó entre perplejo e indignado:

—¡Pero esto es toda una lista de documentos militares secretos!

—Este conocimiento de la materia—arguyó Henry—sólo puede tenerlo un oficial del Ministerio de la Guerra...

El jefe de la Oficina de Informes quedó un momento pensativo. De pronto, dirigiéndose a Paty de Clam, ordenó:

—Tráigame la lista de oficiales del Estado Mayor.

Había brotado ya la idea equivocada. La atmósfera de suspicacias, de recelos, de temores, que se vivía en la Oficina de Informes, había ofuscado completamente sus ce-

rebros impidiéndoles razonar serenamente. La falsa situación en que se hallaba colocado el Estado Mayor por aquella desaparición de documentos les llevó a ver el traidor entre sus propios compañeros, entre sus mismos amigos.

Basándose únicamente sobre conjeturas forjadas por su cerebro, no hijas de la realidad, iban a adentrarse en un falso camino que había de provocar el error jurídico más trascendental del siglo.

Paty de Clam regresó con la lista de oficiales.

El coronel Sandherr se encamino a su escritorio acompañado de los dos oficiales. Examinó la lista. Su dedo índice iba recorriendo lentamente, pero sin vacilaciones, la larga serie de nombres. De pronto se detuvo frente al de Dreyfus. En el libro del Destino estaba escrito que ya no había de seguir adelante.

—¿Quién es este Dreyfus?—preguntó.

Y Henry, como si esperara únicamente que la más ligera sospecha recayera sobre alguno de los oficiales para dar a la misma mayor consistencia, contestó:

—Es un oficial ambicioso que ha hecho carrera en poco tiempo.

—El único judío del Estado Mayor —añadió Paty de Clam, dando mayor fuerza a la acusación que

envolvían las palabras del comandante Henry.

Era bastante. La suerte estaba echada. Para ellos un judío significaba un hombre capaz de cualquier indignidad. La suposición adquirió pronto en su ánimo la consistencia, el arraigo de un convencimiento absoluto. Para ellos el traidor no podía ser otro que Alfredo Dreyfus... ¡Un israelita! ¿Qué podía esperarse de aquella raza que no tiene patria?

No se preocuparon o no quisieron preocuparse de examinar los motivos que podían, en todo caso, haberle inducido a cometer aquella felonía. Dreyfus, en cambio, vivía en desahogada posición; disfrutaba

de una respetable renta. Su vida tenía toda la apariencia de un hombre entregado a sus deberes y a su hogar... ¿Qué podía, pues, haberle llevado a aquella infamia?

¡Dreyfus era judío! Y ello bastaba.

Se examinó su escritura. La fatalidad quiso que tuviera un singular parecido con la del *bordereau*.

Se recurrió al dictamen de unos calígrafos. Los peritajes se contradecían. Unos afirmaban que la letra del *bordereau* era de Dreyfus, mientras que otros negaban...

Pero Dreyfus estaba condenado ya de antemano. Iba a empezar su terrible calvario de sufrimientos...

\* \* \*

Era el 15 de octubre de 1894... Dreyfus, vestido de militar, se hallaba en casa saboreando las delicias del hogar. Su hijo, de seis

años, juega sobre sus rodillas luciendo un uniforme de soldado. En aquella casa se rinde devoción a la carrera militar.

Su esposa, sentada en una silla, teniendo en sus brazos a su hijita, contempla con ternura el juego de su esposo y de su hijo.

—Cuando sea grande — exclama el chiquillo — seré soldado.

En aquel momento se oye llamar a la puerta. Dreyfus se levanta y avanza unos pasos hacia ella.

—¡Adelante! — grita.

Aparece un soldado que, quedándose en el umbral de la puerta y cuadrándose ante su jefe, dice:

—Se ruega al capitán Dreyfus que se presente, de paisano, en el Ministerio de la Guerra.

La extraña orden sorprende a Dreyfus.

—¿Por qué de paisano? — pregunta inconscientemente.

—Es la orden, mi capitán.

Una orden, para un soldado, no es para discutida. Dreyfus, dirigiéndose a su habitación, se dispone a cumplirla inmediatamente.

Entretanto, sus hijos, como presintiendo un peligro, se han refugiado en el regazo de su madre. Unos momentos después aparece Dreyfus vistiendo su traje de paisano. Parece envejecido. Patriota, militarista, orgulloso de su carrera, que seguía con verdadero entusiasmo, parecía el uniforme militar prestarle gallardía y juventud.

Frío y reposado, de regular es-

tatura, un poco miope, cosa que le obligaba frecuentemente a echar mano de los lentes, muy poco comunicativo con sus compañeros, si bien su aspecto denotaba más bien la franqueza y amabilidad, no disfrutaba de muchas amistades entre el Estado Mayor. Por la animosidad instintiva que inspiraban a los oficiales los judíos, Dreyfus había encontrado serios obstáculos en su carrera, que había ido venciendo con tenacidad, con firmeza, si bien parecía ello haber agudizado su natural reserva.

Era con verdadero disgusto que vestía el traje civil que yacía abandonado en un rincón de la cómoda, sin tocarlo, meses y más meses...

Su esposa, al verlo, se levantó para despedirle. Su hijo le miró, sorprendido.

—¿Por qué no llevas el uniforme, papá? — exclamó.

—Mañana me lo pondré — aseguró su padre, riendo y levantando al chiquillo hasta la altura de sus labios para besarlo. Su esposa se acercó a él. Dreyfus rozó con sus labios la dorada cabeza de su compañera y ésta le acercó a su hijita, que el capitán abrazó y besó cariñosamente.

Luego Dreyfus, con la conciencia tranquila del que cumple honradamente sus deberes, partió con

la sonrisa en los labios hacia el Ministerio de la Guerra.

¡Cómo podía suponer aquel desgraciado que la vida le acechaba a la puerta de la calle para aprisionarle en sus tentáculos y arrebatarlo de su hogar! Su esposa y sus

hijitos le habían visto salir con la promesa de un inmediato regreso y, sin embargo, ¡cuánto tardarían en tenerlo nuevamente entre ellos, en verlo atravesar nuevamente aquella puerta para echarse en sus brazos y besarlo con efusión!...

\* \* \*

El despacho de Paty de Clam era una amplia y fría habitación de la Oficina de Informes, en el Ministerio de la Guerra. Un escritorio en el centro recibía la luz del día por un amplio ventanal que había frente al mismo y que daba a un amplio patio. Escasos muebles llenaban la habitación: unos armarios y algunas sillas. Al extremo opuesto a la puerta de entrada había otra oculta por un espeso cortinaje que comunicaba con el resto de la oficina.

Paty de Clam y el comandante Henry se hallaban conversando

cuando entraron en aquellos momentos el jefe de policía Cochefert y su secretario.

—Como jefe de policía — dijo Paty de Clam, dirigiéndose al señor Cochefert — conviene que presencie usted el arresto.

Se le tendía a Dreyfus una cela para comprobar su culpabilidad y arrancarle una confesión. Semejaban fieras acechando la presa que llegaba...

No tardó Dreyfus en llamar a la puerta. El comandante Henry se escondió detrás de los cortinajes de la puerta de comunicación, desde

dónde podría observar perfectamente sin ser visto. Al entrar Dreyfus, Paty de Clam forzó una actitud amable para no inspirar desconfianza, y sacando su pitillera le ofreció un pitillo, que Dreyfus rehusó delicadamente.

Paty de Clam encendió el cigarrillo, y acercándose a Dreyfus le dijo:

—El general Boisdeffre vendrá en seguida.

Y alegando tener una mano dañada:

—¿Quiere usted entretanto escribirme una carta, capitán Dreyfus? — suplicó.

Dreyfus fué hacia el escritorio, disponiéndose a cumplimentar el deseo del comandante. Los policías se retiraron hacia la ventana, mirando hacia la calle, aparentando completa indiferencia por lo que sucedía.

Paty de Clam, hipócritamente, forzó su rostro a una expresión de amabilidad que quiso ser una sonrisa y no fué más que una extraña mueca; sus ojos conservaban, en cambio, toda su dureza.

Dreyfus, sentado frente al escritorio, se dispuso a escribir al dictado de Paty de Clam:

“París 15 de octubre de 1894...

Los policías, no pudiendo resistir su impaciencia, se volvieron ha-

cia Dreyfus, acercándose inconscientemente... Henry, por detrás de la cortina, asomaba su rostro, agitadísimo...

Paty de Clam continuó el dictado:

“Querido amigo: Le ruego se sirva devolverme los documentos que le envié antes de mi salida para las maniobras...

Los policías escrutaban detenidamente las facciones de Dreyfus, esperando una emoción que no aparecía en ellas...

Paty de Clam no perdía tampoco de vista el menor gesto, creyendo que al ir repitiendo las expresiones contenidas en el *bordereau*, Dreyfus, considerándose descubierto, se inmutaría profundamente.

Pero éste siguió escribiendo y repitiendo en alta voz el dictado con imperturbable serenidad.

“Envíeme el freno hidráulico 120...”

Dreyfus seguía inmutable...

Pero Paty de Clam no lo juzgó así... Creyó haberle visto temblar. Lo supuso emocionado. La obsesión de su traición había dado malicia a su mirada. E interrumpiendo el dictado se acercó a Dreyfus, puso su mano sobre su hombro y declaró solemnemente:

—Capitán Dreyfus, ¡en nombre de la ley queda usted detenido!

Los policías se acercaron vivamente. Henry salió de su escondite y se unió al grupo.

Dreyfus, anonadado, no creyendo a sus oídos, miró con ojos asombrados a Paty de Clam, sin que de sus labios pudiera salir palabra alguna. Parecía aturdido.

—Se le acusa de alta traición— añadió Paty de Clam.

Dreyfus pareció recobrarse. Al oír la terrible acusación, se levantó como impulsado por un resorte y fué hacia Paty de Clam:

—¡Mi comandante, esto es imposible! — exclamó.

Pero sólo encontró rostros impasibles, duros. El jefe de policía se acercó a él y trató de levantar sus brazos para registrarle. Dreyfus, sin cesar de proclamar su inocencia, se resistía al indignante registro... Insistió el jefe de policía groseramente y casi a viva fuerza. Dreyfus renovaba sus protestas dirigiéndose a Paty de Clam:

—¡Usted no permitirá que aquí se trate a un oficial de esta manera! — exclamó, indignado. Pero el policía, impasible, levantó sus brazos y lo sometió a registro.

—Mi comandante — gritó, exasperado, Dreyfus —, pido que se me den pruebas de tan tremenda acusación.

—Tenemos las pruebas — contestó secamente Paty de Clam.

Sometido a tan duro trance, Dreyfus, agotada su energía ante la inutilidad de sus protestas, quedó nuevamente abatido. El comandante Henry y los policías se retiraron prudencialmente a un gesto de Paty de Clam.

Este se acercó a su escritorio, abrió un cajón y sacó de él un revólver que colocó encima de la mesa, cerca de donde se encontraba Dreyfus. Luego le volvió impasiblemente la espalda y se retiró unos pasos.

Dreyfus parecía un autómata... Inconscientemente, alargó sus manos hacia el revólver. Luego acercó el cañón a sus sienes... Empujado por la fatalidad, el desgraciado iba a quitarse la vida...

Súbitamente pareció volver en sí... Por su cerebro cruzaron los rostros de su esposa, de sus hijos... Iluminóse su mirada, irguióse orgulloso y exclamó con voz rica, como retando a sus inquisidores:

—¡No, no me pego un tiro!... ¡Quiero vivir para probar mi inocencia!...

Paty de Clam se le acercó entonces, y con voz metálica, hiriente como un espadín, exclamó:

—Le entrego a usted al jefe de policía.

Este fué hacia él en actitud decidida.

—Tenga la bondad de darme las manos — dijo secamente.

Dreyfus obedeció sin replicar... Como un vulgar criminal, sus manos quedaron agarrotadas por las esposas.

Abajo estaba ya preparado el coche para conducirle a prisiones militares. Se le negó ver a su esposa. Al ser introducido en su celda, Dreyfus parecía aún no darse cuenta de cuanto estaba sucediendo. Ni el ruido de la puerta de hierro al cerrarse detrás de Henry y Paty de Clam y del jefe de policía, consi-

guió despertar su sensibilidad. Su mirada vagaba imprecisa... quedó un momento pensativo. Luego le asaltó una gran agitación. Empezó a caminar nerviosamente por la celda. De pronto, como despertando de su letargo, gritó: “¡Soy inocente!”, y al ver que nadie le contestaba, insistió en sus gritos una y otra vez con voz ronca. Todo era quietud a su alrededor. Podía escucharse el ruido de su respiración fatigosa... Nuevamente redobló sus gritos con toda la fuerza de sus pulmones: “¡Soy inocente!... ¡Soy inocente!...”

Sus gritos desgarradores se perdían entre la frialdad de las paredes de la cárcel...

\* \* \*

Paty de Clam, al salir de prisiones militares, se dirigió a casa de Dreyfus directamente para efectuar un registro que resultó negativo por

completo. Convenía que por el momento se mantuviera una reserva absoluta sobre aquella detención y Paty creyó prudente entrevistarse

con la esposa del preso para que no cundiera la alarma antes de haberse recogido todas las pruebas necesarias.

Paty obraba seguramente de buena fe; creía verdaderamente que Dreyfus era el traidor. No se le ocurrió pensar un momento tan sólo que pudiera equivocarse.

Paty no usó de preámbulos al comunicar la dura noticia a la desgraciada esposa. Esta palideció intensamente y miróle con ojos asombrados, al tiempo que lanzaba una dolorosa exclamación:

—Mi marido... por traición a la patria!

No podía creer lo que oía. Se levantóagitada.

—Pero ¿no puedo verlo? — preguntó con voz emocionada.

—Siento decirle que no es posible, por ahora — contestó Paty, procurando dar a sus palabras un tono amable.

—Se trata sin duda de un error que yo procuraré aclarar en seguida — aseguró, convencida, la desgraciada mujer.

Y Paty, al partir, advirtió:

—Le aconsejo, señora, que no diga nada de este arresto... pues ello perjudicaría a su marido.

La esposa de Dreyfus tenía el pleno convencimiento de que aquello no podía ser más que fruto de

un error y decidió luchar para aclararlo. Así, cuando al explicarle al hermano de Dreyfus, Mateo, éste, sorprendido, perplejo, casi inconscientemente preguntó: “¿Tú crees posible que mi hermano haya cometido una locura?”, ella contestó emocionada: “¿Cómo puedes dudar de él, Mateo?” E inmediatamente aseguró: “Alfredo es inocente!”.

E irguiéndose orgulosamente, con voz trémula añadió:

—Aunque me quede sola contra todos, aclararé el error.

Mateo no podía creer tampoco que su hermano hubiera sido capaz de tal infamia. Ellos solos, aunque hubieran de remover el mundo entero, procurarían aportar las pruebas de su inocencia.

Entretanto Paty se había dirigido a la Oficina de Informes a dar cuenta de lo sucedido. Su jefe, el coronel Sandherr, le preguntó:

—¿Qué resultado dió el dictado?

Y Paty, convencido, contestó resueltamente:

—A las primeras palabras palideció e hizo lo posible por desfigurar la letra.

—¿Ha confesado?

—No. Pero cuanto dijo sonó a mentira — aseguró Paty.

—¿Se registró su casa? — inquirió el coronel Sandherr.

—Sí. Pero nada se encontró.

A su juicio aquello no era, no podía ser ninguna atenuante. Dreyfus podía haber hecho desaparecer toda huella de su traición. Convencidos de que era él el traidor, llegaron incluso a considerar aquello como una nueva prueba de su culpabilidad.

El proceso era ya inminente, y aun no poseían pruebas suficientes para condenarlo. El Estado Mayor procuró formar un "expediente secreto" con algunos documentos a los que se daba un sentido completamente distinto de la realidad. Aquel expediente serviría para el caso de que el Tribunal militar vacilara en la condena...

\* \* \*

Estamos a diecinueve de diciembre de mil ochocientos noventa y cuatro. Día señalado para la causa. El Tribunal se halla constituido por siete jueces que son presididos por el coronel Maurel. Sobre el estrado hay un gran Cristo. En unos bancos aparecen sentados algunos oficiales. Las tribunas públicas se hallan vacías. La causa es privada, a pesar de la petición del abogado defensor, Demange, que solicitó que

fuerá pública, habiéndole sido negada en nombre de la razón de Estado.

Dreyfus, en el banquillo de los acusados, mantiene una actitud serena. La conciencia plena de su inocencia le hace creer que no podrá ser condenado. Declaran los testigos de cargo. Los generales acusan basándose todos sobre indicios. Acusaciones concretas, ni una. Pruebas, ni una tan sólo. Queda el

## EL PROCESO DREYFUS

famoso memorándum que nada dice tampoco concretamente.

Pasan a declarar los peritos grafólogos. Toca el turno a Bertillon, que se halla rodeado de gran prestigio.

—Como perito grafólogo, declaro que esa letra me parece la del capitán Dreyfus — afirma con voz segura.

Por el contrario, Chavanay dice:

—Como perito grafólogo declaro que la letra de la lista no me parece la del capitán Dreyfus.

Seguidamente se levanta el abogado defensor. En la sala se hace un gran silencio.

—Señores — dice con voz clara y potente —, su acusación no se puede sostener.

Un gran murmullo acoge sus palabras. Demange, sin inmutarse, continúa con mayor energía:

—No existe la menor prueba de culpabilidad. Todo lo que se ha venido acusando se basa en indicios inaceptables. De todas las imputaciones sólo una cosa ha quedado en pie: la famosa lista, y respecto a ella los señores grafólogos se contradicen en su opinión. Dos niegan que la letra pertenezca a Dreyfus. Tres afirman. Pero dos de éstos admiten la posibilidad de un calco.

Y después de una breve pausa, durante la cual trata de leer en los

impasibles rostros de los jueces el efecto de sus palabras, continúa:

—¿Qué motivos podrían haber inducido a Dreyfus a cometer un crimen semejante? Un hombre rico como Dreyfus, vendería su honor por unos miles de francos? Debe ser negada en absoluto tal hipótesis. Por lo demás, Dreyfus ha venido llevando una carrera brillante. No sólo no existe prueba alguna de su culpabilidad, sino que tampoco habría medio de explicar su traición.

Y luego, paseando la mirada por toda la sala, orgullosamente erguido, seguro de que sus palabras no podían ser rebatidas:

—Pido que se declare la inocencia de Dreyfus.

Paty de Clam y Henry se miran significativamente. Compren den que las palabras de Demange han llegado al ánimo de los jueces.

—Por si acaso — dice Henry — aquí está el expediente secreto...

Y seguidamente se levanta a declarar para insistir en sus acusaciones. Sentía escapársele la presa de sus manos y quería retenerla por todos los medios posibles.

Cuadrado ante el Tribunal, declara energicamente:

—Juro por mi honor que una persona respetable me aseguró que en el Estado Mayor existía un trai-

dor. Los documentos fueron robados en la segunda Oficina de Información. Allí estaba empleado Dreyfus.

Y volviéndose con mirada acusadora, tendiendo resueltamente hacia él el brazo y señalándole con el dedo, exclama con tono patético y efectista:

—¡El oficial del Estado Mayor culpable de tracición es éste!

Grandes murmullos de aprobación acogen sus palabras. Dreyfus, exasperado, apenas consigue hacerse oír:

—¿Puede jurar el testigo que me vió escribir la lista?

—Sólo la Presidencia puede exigir el juramento — observa el presidente, dirigiéndose a Dreyfus. Y volviéndose hacia el comandante Henry, pregunta:

—¿Jura usted que esa persona le dijo que el traidor era el capitán Dreyfus?

Henry vacila un segundo; luego, adelantando unos pasos hacia la Presidencia y cuadrándose militarmente, tendiendo el brazo hacia el Cristo, declara en tono solemne:

—¡Juro!!

Era visible la impresión que el juramento había causado en la sala. Los jueces se retiran a deliberar para dictar sentencia. La sala queda vacía. Sólo Henry y Paty de

Clam quedan en ella. Y entonces tiene lugar el hecho más ilegal, más reprobable de la larga serie de que está lleno el proceso Dreyfus. En los cuatro días que había durado la causa no había salido ninguna prueba convincente de la culpabilidad de Dreyfus. Pero quedaba el expediente secreto que no conocían ni el acusado ni el defensor y que Henry llevaba en una cartera bajo el brazo. Este se dirige a Paty de Clam y le murmura:

—Ahora es el momento. Lleve usted el archivador secreto a la sala de deliberaciones. Con éstas pruebas convenceremos al Tribunal.

Paty comprobó que no era observado, y llamando a la puerta de la sala donde el Tribunal se hallaba deliberando, entrega el pliego de documentos.

—Estos documentos del Ministerio de la Guerra, para el señor presidente — dice.

Media hora más tarde el Tribunal iba a dictar sentencia. Todo el mundo estaba ya en su sitio. En los ojos de Dreyfus brillaba aún la esperanza. El presidente se levanta. Toda la sala se pone de pie. El coronel Maurel lee con solemnidad la sentencia:

—En nombre del pueblo francés, el capitán Dreyfus es considerado

culpable del crimen de traición a la patria... condenándose a la degradación y deportación perpetua.

Sus palabras producen honda emoción. Cuadrados, los oficiales saludan militarmente. En sus rostros brilla una expresión de triunfo.

Dreyfus, rendido, no pudiendo tenerse en pie, se deja caer sobre el banco. Demange, convencido de que acaba de cometerse el error jurídico más trascendental del siglo, inclina la cabeza sobre los papeles de su mesa, no pudiendo contener su emoción...

\* \* \*

El 5 de enero de 1895, en los patios de la Escuela Militar situada en el campo de Marte, tuvo lugar la degradación del capitán Dreyfus. Una gran reja separaba el patio de la calle. Detrás de ella un enorme gentío se esperaba para presenciar el espectáculo. La plaza estaba llena de soldados alineados militarmente. Dreyfus llegó acompañado de un grupo de oficiales, grave, triste el semblante, apagada la mirada...

Cesó un momento el redoble de

los tambores; callaron los carines.

Dreyfus, cuadrado frente a dos oficiales, oyó de boca del superior la terrible afrenta:

—Capitán Dreyfus, es usted indigno de llevar las armas!

Dreyfus se sintió desfallecer. Vaciló su corazón. Pugnaron las lágrimas por asomarse a sus ojos.

—Habéis degradado a un inocente! — exclamó con voz ronca.

Volvieron a sonar los tambores y los clarines con cierto aire fúnebre. Su eco resonaba en el corazón de

Dreyfus, en el cual cada nota provocaba un gemido.

Se le acercó el otro oficial. Arrancó los galones de sus mangas... los botones de su guerrera... las cintas del kepis. Desenfundó su sable y lo rompió en dos pedazos, echándolos al suelo con gesto imponente.

Desde fuera, la chusma, en coro de voces discordante, gritó:

—¡Muera el traidor!

Dreyfus hubo de pasear frente a los soldados su vergüenza.

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente! — exclamaba como una oración.

Al pasar frente a los periodistas que habían ido a hacer información, repetía sus gritos:

—¡Soy inocente!... ¡Escríbanlo ustedes así en sus periódicos!

Aquellos le miraron despectivamente, y alguno se atrevió incluso al insulto.

Luego, frente a la reja donde se agolpaba el gentío para mejor disfrutar del espectáculo, gritó aún:

—¡Soy inocente!

Y por toda respuesta un coro de voces vociferó:

—¡Muera el traidor! ¡Muera el traidor!

Siguió andando Dreyfus transitando de dolor, pingajo humano, caminando con dificultad. Sus piernas se negaban a sostenerle; hubo de

hacer grandes esfuerzos para llegar por su propio pie hasta el coche que había de conducirlo a la cárcel.

Allí le esperaba, para la hora de la visita, su esposa. A través de las rejas tuvo lugar la emocional entrevista. Dreyfus, cogiendo entre las suyas las manos de su esposa, gimió:

—¡Se me acusa del crimen más odioso que puede cometer un soldado!

La emoción impidió hablar a su compañera. Sus ojos, anegados en llanto, mirándole cariñosamente, decíanle que creía en él.

El desgraciado se quejó:

—Ya lo ves, Lucía... ¡Para esto he llevado una vida sin tacha!

Se acercó un guardia.

—La visita ha terminado — les advirtió.

Forzoso fué separarse. Dreyfus envió a su mujer un beso con la mano, tras el cual iba todo su corazón. Su esposa no pudo resistir más. Se dejó caer sobre el banco. Escondió la cabeza entre las manos y lloró amargamente... Así podía desahogar su dolor, que hubo de mantener encerrado dentro de sí durante la entrevista. De pronto, unas órdenes dadas en voz alta la arrancaron de su abstracción y le hicieron levantar la cabeza:

—¡Hay que deportar a Dreyfus inmediatamente! — decían.

Lucía se levantó agitada. Quedó unos momentos perpleja, sin saber qué hacer. De pronto se cogió a los

hierros de la puerta nerviosamente:

—¡Alfredo!... ¡Alfredo! — gritó.

Y cayó al suelo sin sentido.

\* \* \*

La traición de Dreyfus era el tema del día. No se hablaba de otra cosa. Corrió la voz de que la condena no se había conseguido sin dificultad y aun gracias a un documento secreto.

A pesar de todo, nadie dudaba de la culpabilidad de Dreyfus. Sólo tres personas estaban convencidas de su inocencia y se hallaban dispuestas a remover el mundo entero para demostrarla. Eran su esposa, su hermano y el abogado Demantener encerrado dentro de sí.

En 1895 el coronel Picquart, uno de los oficiales de más brillante carrera del Estado Mayor, fué nombrado jefe de la Oficina de In-

formes en sustitución el coronel Sandherr. De ello se quejaba un día el comandante Henry al traidor Esterhazy:

—Dreyfus está ya en la Isla del Diablo. Mi obra — decía —. Y, en cambio, por recompensa me ponen como jefe al coronel Picquart.

—¡Ojalá no se entere de la historia del documento secreto! — exclamó, temeroso, Esterhazy.

—Sin aquel documento, Dreyfus no hubiera sido condenado — aseguró Henry, convencido en su fuero interno de haber hecho un bien al Estado Mayor decidiendo por aquel medio la condena.

En cambio, la esposa de Drey-

fus y su cuñado Mateo, al tener noticia de la sustitución del jefe de la Oficina de Informes, concibieron la esperanza de conseguir interesarlo por su causa. Sin embargo, Picquart, convencido a su vez de lo justo del fallo, se negó a recibirlos.

—No veo la necesidad de recibir a madame Dreyfus — manifestó—. No puedo dudar de la culpabilidad de su marido.

Ante aquella negativa, madame Dreyfus y su cuñado se dirigieron a Clemenceau, director del diario "Aurora", y que gozaba ya en Francia de justo renombre.

—Auxílieme usted, señor Clemenceau — rogó la desgraciada esposa—. Sólo un hombre cuya pluma se teme tanto puede ayudarnos eficazmente.

—¿Qué les ha dicho el coronel Picquart? — interrogó Clemenceau.

—El coronel Picquart no me ha recibido.

Y Clemenceau, contagiado de la emoción de la pobre señora, compadecido a pesar suyo, exclamó:

—Muéstreme usted un detalle positivo de la inocencia de su marido y tendrá mi periódico a su disposición.

Y luego de una corta pausa, preguntó:

—¿Tiene noticias de su marido?

—Hace meses que no sé nada de él. Deben interceptar las cartas.

En efecto, se mantenía una rigurosa vigilancia alrededor del preso, al que se procuraba tener incomunicado con el exterior, ya que el Estado Mayor estaba decidido a dejar aquel asunto como definitivamente resuelto.

Sin embargo, a pesar del escándalo del proceso, el comandante Esterhazy había continuado sus relaciones con el enemigo, facilitándole nuevos secretos militares; pero éstos no podían ser ya tan numerosos y en ocasiones aun eran falsificados.

El agregado alemán envió una carta al traidor quejándose de ello y dispuesto ya a romper sus relaciones con él.

Aquella carta no hizo el camino hacia su destino, sino que, por el contrario, fué llevada por madame Bastian a la Oficina francesa de Informes. Gracias a ella el coronel Picquart había de pasarse a la causa de Dreyfus.

Un día, hallándose aquél en su despacho del Ministerio, entró agitadísimo el capitán Lauht.

—Mi coronel — dijo —, traigo una carta neumática dirigida a un oficial francés—. Y entregándosela a su jefe, añadió—: También pro-

cede de la papelera de la embajada alemana.

El coronel Picquart examinó el papel que, hecho pedazos, había sido recomposto. Leyó en el sobre: "Al comandante Esterhazy, rue de la Bienfaisance, 27, París".

Y lleno de asombro, exclamó, dirigiéndose al capitán Lauht:

—¿Habrá otro traidor entre nosotros?

Quedó un momento pensativo. Dio luego una orden al capitán, quien salió a cumplimentarla.

Unas horas después se hallaba ya de regreso. El coronel Picquart preguntó al verle entrar:

—¿Trae usted las muestras de la escritura de Esterhazy?

—Aquí están, mi coronel — contestó, entregándoselas, el capitán Lauht.

Picquart, después de examinarlas con gran atención, no pudo reprimir un gesto de sorpresa y una exclamación:

—O yo me equivoco o ésta es la letra de la famosa lista.

Y aterrado, considerando las consecuencias del error cometido, añadió:

—Entonces... ¡Dreyfus habría sido condenado siendo inocente!

—La prueba de su culpabilidad resulta del expediente secreto — advirtió el capitán Lauht.

—Tráigame usted ese documento — ordenó Picquart, entregándole unas llaves.

El capitán Lauht se dirigió a la habitación inmediata, donde estaba el archivo secreto. En ella Paty de Clam estaba encorvado sobre su escritorio, escribiendo. El capitán Lauht se dirigió directamente al archivo y puso la llave en la cerradura...

Paty de Clam no le perdía de vista. Una agitación interior le dominaba. No pudo contener su impaciencia:

—¿Qué hace usted? — preguntó.

—Busco el archivador del asunto Dreyfus para el coronel Picquart.

—¿Lo sabe el comandante Henry?

—Cumplio órdenes del coronel Picquart — contestó secamente el capitán Lauht, llevándose el archivador, y, dirigiéndose hacia su jefe, a quien entregó el pliego, le explicó—: Este es el documento que se introdujo en la sala de deliberaciones.

El coronel Picquart se sentó frente a su escritorio. Lo examinó atentamente. Luego exclamó:

—Pero aquí no hay una acusación concreta! Aquí no dice más

que "este canalla de D". No veo el nombre de Dreyfus.

Y luego, después de una breve pausa:

—¿Por esto condenaron a Dreyfus? — preguntó, levantándose agitado.

—Era judío, mi coronel.

Picquart sintió afluirle la sangre a la cabeza.

—Judío o cristiano — exclamó indignado —, no hay más que una justicia.

Ordenó seguidamente al capitán Lauht que mandara a por Bertillon, el perito grafólogo, el prestigio del cual había contribuido tanto a la condena de Dreyfus.

Unos momentos después Bertillon se hallaba frente a Picquart. Este, mostrándole las muestras de la escritura de Esterhazy, dijo:

—Le he mandado llamar, señor Bertillon, para preguntarle de quién es esta letra.

Bertillon la examinó un instante. Luego, sin vacilación, respondió:

—Es la letra de la lista... la letra del capitán Dreyfus.

Picquart le miró despectivamente:

—Se equivoca usted, señor Bertillon — dijo con sorna —; es la letra del comandante Esterhazy.

Bertillon no podía admitir una equívocación suya.

Y tratando de justificarse, dijo:

—Entonces Dreyfus imitó muy bien la letra del comandante Esterhazy.

El coronel Picquart apenas pudo contener su indignación ante tanto cinismo. Con seco gesto arrancó el papel de las manos del perito, y, mirándole severamente, exclamó:

—¡Ah!, ¿sí? ¡Muchas gracias!...

Bertillon comprendió. Corrido, procuró desaparecer prontamente de la presencia del coronel, que se mantenía erguido, en actitud acusadora.

Picquart ya no tenía la menor duda de la inocencia de Dreyfus. Persona justa, ecuánime, de una honradez sin tacha, no podía de ninguna manera admitir que se mantuviera en pie aquel error y se dispuso a aclararlo.

¡Cuántas desgracias había de reportarle su honradez!

\* \* \*

El comandante Henry tenía una gran intimidad con el comandante Esterhazy... Quizás a esta intimidad le obligaba el que éste conocía los procedimientos nada legales usados por Henry para ascender más rápidamente.

En aquellos momentos se hallaban ambos en casa del último. Hablaban del asunto Dreyfus y especialmente de las indagaciones que Picquart llevaba a cabo para demostrar la culpabilidad de Esterhazy.

Este manifestó:

—Si Picquart se figura que va a hacerme cargar con el muerto en vez de Dreyfus, se va a llevar chasco.

En aquel mismo instante llamaron a la puerta. Apareció un soldado, portador de una orden:

—El coronel Picquart espera al

señor comandante en el Ministerio — manifestó.

Esterhazy quedó unos momentos desorientado. Henry le miraba con ojos curiosos.

—Ahora tendré que pegarme un tiro! — exclamó el traidor.

Aquellas palabras fueron para Henry una revelación. Una pregunta pugnaba por salir de sus labios. Al fin, después de unos momentos de breve pausa, inquirió:

—¿Qué significa esto? — preguntó:

Y luego, con voz acusadora:

—Tú escribiste la lista! — exclamó al tiempo que por su rostro cruzaba una expresión de repugnancia.

Esterhazy no contestó. Se dejó caer en un sofá, anonadado. Su mutismo era la prueba incontrovertible de su culpabilidad. Henry, en

actitud resuelta, cogió el kepis, y sin decir palabra se dirigió hacia la puerta.

Temiendo una delación, Esterhazy recobró toda su sangre fría. Con el rostro descompuesto se dirigió hacia su amigo y cogiéndole por el brazo le suplicó:

—Henry, no me abandones... Recuerda nuestra amistad...

—Este delito nos separa, Esterhazy.

Aquella negativa dió al traidor nuevos bríos. Decidido a jugarse la última carta, aparentó una actitud indiferente. Se irguió con altanería y cínicamente amenazó:

—Muy bien! Pero si me dejas solo, se sabrá cómo alguien hace desaparecer documentos para ascender más de prisa.

Henry vaciló un momento.

—Piénsalo bien, Henry — insistió Esterhazy.

Henry quedó pensativo. Al cabo de un momento decidió:

—Te ayudaré, Esterhazy —. Y como para justificarse ante sí mismo, añadió: —No por temor a tus amenazas, sino por salvar al Estado Mayor del ridículo.

Y partió sin decir palabra, mientras Esterhazy seguíale con la vista en actitud triunfadora.

Entretanto, el coronel Picquart, ante la certidumbre del error que

se había cometido, se dirigía al subjefe del Estado Mayor, general Gousse, para revelarle su descubrimiento.

—¿Quién ha hecho público el documento secreto del Ministerio de la Guerra? — preguntó con voz grave el general.

Picquart contestó resueltamente:

—Lo he considerado un deber para dar fin a las habladurías sobre el asunto Dreyfus.

Y seguidamente añadió, convencido:

—La publicación de este documento ilegal inducirá a la familia Dreyfus a pedir la revisión del proceso.

El general Gousse le miró perplejo, y dijo:

—Esta suposición es ridícula.

—El documento no lleva el nombre de Dreyfus, como dicen los periódicos — observó Picquart —, sino únicamente la letra D.

Se trató de convencer al coronel. Fué inútil. Su conciencia le impulsaba a esclarecer la verdad de lo ocurrido, y aun cuando no se le ocultaba que ello le acarrearía grandes desgracias, no quiso de ninguna manera abandonar aquella causa que él consideraba no sólo justa, sino que la estimaba como un deber.

Por el contrario, Henry, que se

veía ligado a Esterhazy por las ilegalidades cometidas en su carrera y como sabíale capaz de llevar a cabo su indigna amenaza, se vió en la necesidad de ayudarle y ocultar su delito...

Y como Esterhazy se hallaba en trance apuradísimo, no halló otro recurso para salvarle y con él la propia carrera, que producir unas falsificaciones que habrían de obrar de manera contundente en el ánimo del Estado Mayor y decidirían para siempre la culpabilidad de Dreyfus.

Por conducto de madame Basstian había recibido una carta firmada por el agregado militar italiano y dirigida al agregado militar alemán. Esta carta, que hablaba de insignificancias y para nada aludía a Dreyfus ni a los documentos sustraídos del Ministerio de la Guerra, fué falsificada por Henry, que la redactó en esta forma:

*Mi querido amigo:*

*He leído que tendrá lugar la interpelación sobre Dreyfus. Ruégo-le no diga usted a nadie que hemos tenido relaciones con este judío.*

*Con el reconocimiento de mi más distinguida consideración,*

*Bonni, agregado militar italiano.*

Henry unió esta carta falsificada a otra que tenía del mismo agre-

gado para que pudieran ser comparadas. Y partió hacia el Ministerio de la Guerra para entregarlas al subjefe del Estado Mayor.

Esterhazy, entretanto, había acudido al despacho de Picquart cumpliendo la orden que éste le había transmitido. Esterhazy fué allí en pleno dominio de sí mismo. Sabía que Henry, temeroso de ser descubierto, haría lo imposible para salvarlo a él.

Picquart se hallaba sentado frente a su escritorio. Invitó a Esterhazy a sentarse frente a él. Sin entrar en preámbulos, inició resueltamente su interrogatorio:

—¿Usted tiene deudas, comandante?

Esterhazy afectó una gran sangre fría y esbozando una sonrisa contestó:

—Desgraciadamente, sí.

—Sé que explota usted una casa de dudosa reputación — manifestó el coronel Picquart, mirándole fijamente. Y sin esperar contestación alguna añadió: —¿Frecuenta usted la embajada alemana?

Esterhazy sostuvo impasiblemente la mirada de su jefe.

—Alguna vez — contestó.

Picquart le enseñó luego las muestras de su escritura que el capitán Lauht le había proporcionado.

—¿Es suya esta lerta? — preguntó.

Esterhazy contestó, sin inmutarse:

—Se le parece. Es una hábil falsificación.

El coronel se mordió los labios. Sus nervios estaban a punto de estallar. En un visible esfuerzo consiguió dominarse.

—¿Quién podría tener interés en falsificar su letra? — inquirió.

Esterhazy esperaba el momento. Lo esperaba y lo temía. Con mirada retadora replicó en un alarde de cinismo:

—Quizás usted, mi coronel.

Picquart, ante la insultante contestación, se levantó rápidamente, indignado, crispados los puños, prontos a caer sobre el rostro del traidor... Sin embargo, en un esfuerzo de voluntad sobrehumano pudo contenerse. Fué hacia él y con voz trémula aún por la indignación, exclamó:

—¡Queda usted arrestado, comandante Esterhazy!

Y yendo hacia la puerta, nervioso, llamó a la guardia.

—El comandante Esterhazy está arrestado — dijo.

Y partió hacia el despacho del subjefe del Estado Mayor. Si Picquart no hubiera estado ya convencido de la plena inocencia de Drey-

fus y de la culpabilidad de Esterhazy, el cinismo increíble de éste habría decidido su convencimiento. El traidor quedó vigilado. No se había inmutado en absoluto. Tenía plena confianza en Henry y sabía que, fuera por los medios que fuere, Henry le salvaría.

El coronel Picquart entró en el despacho del general Gousse. Este se hallaba acompañado de Henry, del comandante Paty de Clam y del general Pellieux.

El general Gousse se dirigió a Picquart:

—Aquí tiene usted otra prueba de la culpabilidad de Dreyfus: una carta del agregado italiano al alemán.

Y le mostró la carta falsificada por Henry.

Pero ello no podía de ninguna manera convencer a Picquart, que había tocado palpables pruebas de la inocencia del prisionero en la Isla del Diablo y de la culpabilidad de Esterhazy... Si la letra de la lista era de este último, y ello no admitía a su juicio duda alguna ¿por qué se condenó a Dreyfus? Trató Picquart de razonar su conducta, explicó las pruebas que tenía del error y aconsejó con vehemencia ir a un proceso Esterhazy para depurar la verdad de los hechos. Pero el Estado Mayor se ne-

gó a ello en absoluto, alegando que ello podría representar un grave des prestigio para el ejército. Insistió una y otra vez Picquart en nombre de la justicia. Todo fué inútil.

El general Gousse, nervioso ya, preguntó:

—Dígame, Picquart: ¿por qué tiene usted tanto interés por Dreyfus?

—Porque es inocente.

El general se levantó, excitado. Dio un paso hacia el coronel.

—Coronel Picquart — exclamó —, le prohíbo volver a exteriorizar estos pensamientos!

—Yo no me llevaré este secreto a la tumba, mi general! — replicó el coronel Picquart, visiblemente agitado y adelantando unos pasos hacia su jefe.

El general Gousse quedó unos momentos pensativo, indeciso. Inclinó la cabeza sobre su escritorio y, al fin, sin atreverse a sostener la mirada del coronel, sentenció:

—Se le destituye de su cargo, coronel. Espere usted mis órdenes.

Picquart esperaba ya este castigo. Por esto no se emocionó lo más mínimo. Convencido de la justicia de su proceder, se limitó a saludar militarmente y se retiró con paso seguro, erguido, con la conciencia limpia del hombre que cumple con su deber...

El asunto Dreyfus arrastraba consigo una nueva víctima...

Apens salido Picquart del despacho del subjefe del Estado Mayor, el comandante Henry, que había estado allí presenciando la escena con interior satisfacción, voló a dar libertad a Esterhazy. Destituido el jefe de la Oficina de Informes, Henry, que era el subjefe, se veía ya inmediatamente ascendido.

Lo que había hecho por miedo quizás también lo habría realizado impulsado por su desmesurada ambición.

Unos días más tarde, Picquart recibía la orden de traslado. Llamó a su casa a su amigo, el célebre abogado Labori, para confiarle los secretos que, como prometió al general, estaba resueltamente decidido a no llevarse con él a la tumba.

—Me destinan a Túnez, querido Labori — manifestó con tristeza. Y como hablando consigo mismo añadió: — Un sitio de donde no ha vuelto ninguno de mis antecesores.

Su amigo Labori inició un gesto de protesta.

—Pero puede resistirse... — insinuó.

—Soy soldado. Tengo que obedecer — contestó Picquart decidido.

—Pero le dejo a usted las pruebas

de la inocencia de Dreyfus y de la culpabilidad de Esterhazy.

Y al decir estas palabras entregó a su amigo Labori un voluminoso sobre lacrado que guardaba todos

los documentos que pudo hallar en la Oficina de Informes demostrativos de la inocencia del prisionero de la Isla del Diablo y de la rectitud de su proceder.

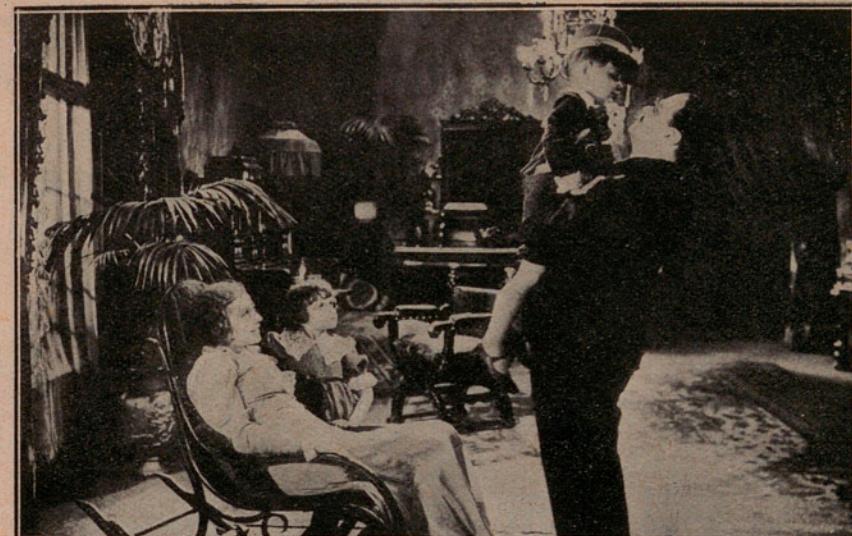
\* \* \*

La esposa de Dreyfus, su cuñado y el abogado Demange no habían cesado de trabajar activamente yendo de una a otra personalidad política para que les ayudara. Habían ya conseguido entonces atraer a su causa a algunos periodistas que a su vez influían cerca de sus amistades para formar un núcleo de opinión capaz para obligar a una revisión del proceso. En aquellos tiempos habían ya aparecido en la prensa algunos sueltos que insinuaban la culpabilidad de otro oficial y había sido publicado asimismo el célebre *bordereau* eje del escandaloso proceso. Sin embargo, nada se había logrado en concreto.

Pero la chispa había surgido y se trabajaba ardorosamente el momento en que el fuego habría de prender definitivamente.

El hermano de Dreyfus y su cuñada acudieron aquel día a visitar a Emilio Zola. El ilustre escritor disfrutaba ya entonces de una popularidad y de un prestigio enormes.

Habían sido introducidos en su despacho, donde le esperaban con el corazón preñado de esperanzas... La esposa de Dreyfus, sobreponiéndose a su dolor, en lucha titánica para no caer vencida por éste, convencida de que necesitaba de todas sus fuerzas para seguir luchando



—Cuando sea grande seré soldado.



Al ser introducido en su celda, Dreyfus parecía aún no darse cuenta de cuanto estaba sucediendo.



—¡El oficial del Estado Mayor culpable de esta traición es éste!



Desenfundó su sable y lo rompió en dos pedazos.



Dreyfus, rendido, no pudiendo tenerse en pie...



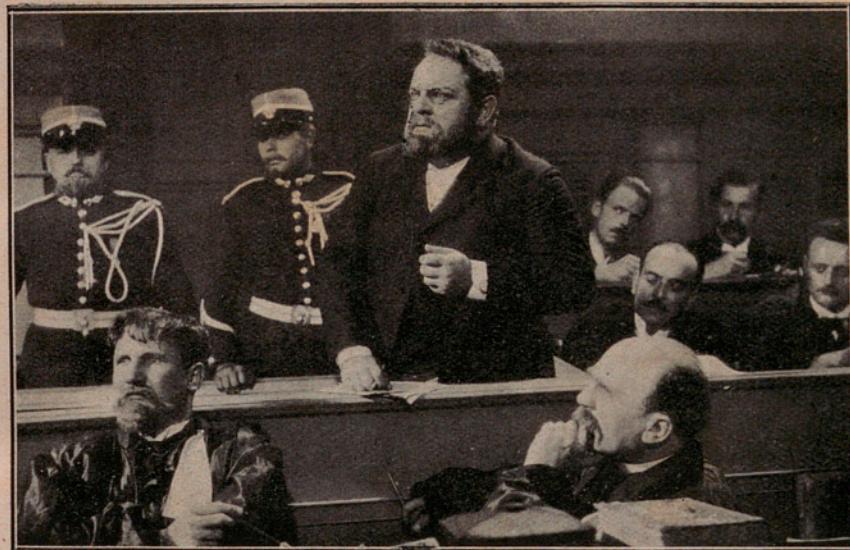
—¡Soy inocente!



... se vió en la necesidad de ayudarle...



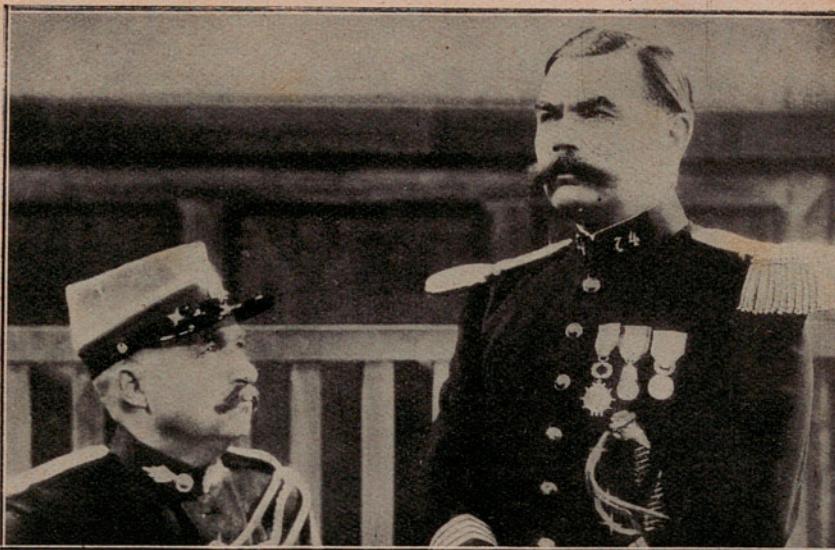
—¿No le parece algo fuerte?



— Quiero que la verdad, ante la cual tiembla el Gobierno, recobre sus derechos.



— ¡Juro!



—Hace dieciocho meses que por los medios más denigrantes arrastran mi nombre por el fango.



—Tengo orden de asistir a esta primera entrevista.



—¡Esposo mío!



—¿Por qué no firmas la petición, Alfredo?



Dreyfus viste el uniforme con galones de comandante...



... le nombró caballero de la Legión de Honor.

## E L P R O C E S O D R E Y F U S

para esclarecer la inocencia de su esposo, mostraba, sin embargo, las indelebles huellas del dolor y del insomnio en su bello rostro.

—Sólo un hombre de la enorme influencia de Zola puede ayudarnos—dijo a su cuñado.

—Estoy convencido—repuso Mateo—de que no negará su ayuda a la verdad. Cuando un hombre de su fama literaria hace suya una causa como la nuestra, la opinión pública tiene que cambiar.

El despacho de Zola era una reducida habitación amueblada con severidad. Al entrar el famoso escritor, se levantaron respetuosamente los visitantes. Zola les saludó amablemente y les invitó a sentarse, yendo él hacia su escritorio, frente al cual, después de limpiar y calarse los lentes, se sentó.

—Señor Zola—dijo la desgraciada esposa con voz suplicante—, usted es nuestra única esperanza.

Zola la miró con cierta emoción. Mateo explicó:

—Las pruebas de la inocencia de mi hermano aumentan cada día. Usted se acordará de la famosa lista.—Y al decir esto sacó una copia de la carpeta y la entregó a Zola que la miró atentamente, en tanto que aquél continuaba:—Mandé reproducirla ofreciendo al propio tiempo una recompensa a quién

descubriera al autor de aquella escritura, y pasó algo muy curioso....

Zola, que había estado leyendo sin dejar de escuchar, levantó los ojos y miró a Mateo interesadísimo. Este continuó:

—Hoy mismo que se ha publicado la lista ha venido un banquero de Castro, me ha mostrado la firma de su cliente Esterhazy y me ha sugerido que la lista fué sin duda firmada por éste.

La esposa de Dreyfus, inquieta, preguntó con timidez:

—Señor Zola, después de lo que mi cuñado le ha contado no podrá usted dudar de la inocencia de mi marido, ¿verdad?

Zola no contestó. La explicación de Mateo le había impresionado. Se levantó agitado... Paseó nerviosamente por la habitación en actitud pensativa... Finalmente, confesó:

—Estoy emocionadísimo...

La esposa de Dreyfus y su cuñado le miraban esperanzados. Zola, de pronto, se volvió hacia ellos en actitud decidida y exclamó:

—Convendría lanzar al público, en forma clara y concreta, lo que sabe el coronel Picquart y lo que sabemos nosotros.

Se le veía sumamente agitado. Sin cesar de pasear por la habitación, continuó:

—Eso sería una denuncia cate-

górica contra el comandante Esterhazy.

Y acercándose a sus visitantes y quitándose los lentes empañados, añadió:

—Una denuncia que, naturalmente, sería mantenida por nosotros.

Efectivamente, a los pocos días los periódicos publicaron una carta enérgica de Mateo Dreyfus, por la cual éste acusaba concreta y terminantemente al comandante Esterhazy de la traición de que se había acusado al capitán Dreyfus.

El escándalo estalló. La denuncia fué tomando consistencia. Surgieron las controversias e incluso las agresiones entre dreyfusistas y antidreyfusistas... Pero la especie había sido lanzada y ya era inevitable el proceso Esterhazy. El propio Estado Mayor aconsejó a éste que se adelantara al reto y fuera él mismo quien les demandara...

La causa se celebró los días 10 y 11 de enero. Pero ello no fué más que un nuevo paso de comedia engarzado en el drama del célebre proceso. Esterhazy, seguro de sí, convencido de que el Estado Mayor se hallaba detrás de él guardándole las espaldas y tan interesado como él mismo en que apareciera inocente, inventó las más burdas fantasías en sus declaraciones.

Y fué proclamado inocente. Se le rindieron incluso honores y salió del tribunal acompañado de varios oficiales que festejaban su triunfo, que era el del ejército, a su juicio.

En la puerta encontraron algunos mozarbes que organizaron una manifestación de desagravio al traidor; a ellos se unieron algunos estudiantes y así fueron recorriendo las calles a los gritos de "¡Viva Francia! ¡Viva el ejército!" y entonando la Marselesa... En esta actitud llegaron hasta un café donde iban a celebrar el triunfo y en cuya terraza se hallaban casualmente departiendo Zola y Clemenceau. Al verlos pasar y lanzar aquellos gritos inconscientes, Zola, no pudiendo contenerse, gritó a los muchachos:

—¡Insensatos! ¿Por qué lanzáis estos gritos? ¿Tan seguros estáis de que Dreyfus es el traidor?

Y como los jóvenes no le hacían caso:

—¡Afortunadamente — dijo —, unos cuantos alborotadores no son toda la juventud!...

Y como animándose con sus propias palabras, añadió:

—Cien jóvenes pueden armar más ruido en la calle que diez mil obreros en su trabajo.

Los muchachos continuaban redoblando sus gritos.

Clemenceau les miró despectivamente. Zola, en cambio, nervioso, se levantó. Cogió a uno de los jóvenes alborotadores, después a otro. Pasó el brazo por sus espaldas y exclamó:

—Yo os digo, muchachos, que el Consejo de Guerra absolió a Esterhazy obedeciendo a una orden superior.

Y añadió, seguidamente:

—¡Esta absolución es una bofetada a la verdad y a la justicia!

Los muchachos se deshicieron del abrazo en actitud despectiva.

—¡Jóvenes, volved a la razón! — insistió Zola. Y no dándose por vencido, se mezcló entre ellos, diciendo en tono persuasivo: —¡Acordaos de los sufrimientos de vuestros padres, de las batallas que tuvieron que ganar para obtener la libertad de que disfrutáis ahora!

Los alborotadores quedaron un momento indecisos.

Zola aprovechó esta circunstancia para volver a la carga.

—Vosotros tenéis que acabar lo que a nosotros no nos fué dado hacer.

Una gran emoción le embargaba.

Todo su corazón se manifestaba en sus palabras.

—¡Vosotros — continuó — tenéis que formar la época que está por venir y que nos levantará del envilecimiento!

Su voz suplicante, persuasiva al principio, fué adquiriendo inusitada energía:

—¡Adelante, juventud! ¡Ponte a la cabeza de la lucha por el derecho, por la justicia y por la libertad!

Uno de los muchachos del grupo le increpó groseramente. Fué como la señal de batalla. Los demás se unieron en sus gritos e insultos incluso, y penetraron en el café vitoryeando al ejército y entonando la Marselesa...

Zola se quedó un momento anonadado. Parecía vencido. Se dejó caer sobre una silla. Clemenceau se inclinó hacia él y estrechó efusivamente su mano sin decir palabra.

De pronto Zola pareció reaccionar. Miró a su amigo fijamente. Una llama brillaba en sus ojos.

—¡Clemenceau! — dijo —. ¡Resérvesme para mañana el artículo de fondo de su periódico!

de haber sido cómplice del mismo delito."

Su voz recia iba adquiriendo un tono de acusación.

"—Acuso al general Pellieux de haber dirigido con una audacia inconcebible cierta investigación criminal.

"—Acuso a los dos peritos grafólogos de haber mentido en sus declaraciones."

Zola iba animándose a medida que leía. Clemenceau le escuchaba con cierta emoción.

"—Acuso — continuó — al primer Consejo de Guerra de haber condenado ilegalmente a un militar con motivo de la existencia de un documento secreto.

"—Acuso al segundo Consejo de Guerra de haber encubierto dicha ilegalidad por orden superior."

Nuevamente se acercó Zola al escritorio para realizar una corrección. Luego continuó:

"—Acuso, sabiendo que me llevarán ante un tribunal por calumnia. Sin embargo, lo hago con perfecto conocimiento de mis actos. No conozco a ninguna de las personas que acuso, no las he visto nunca."

Hizo una breve pausa para limpiar sus lentes que se habían empañado. Luego, volviéndose a calar prosiguió:

"—No tengo más que una finali-

dad: la de aclarar este asunto en nombre de la Humanidad que ha sufrido tanto y tiene derecho a esperar días mejores."

Acabada la lectura fué hacia Clemenceau y le entregó el artículo. Éste puso su mano sobre la suya y, sin mirarlo, para que Zola no pudiera ver la emoción que sentía, dijo:

—Esto le valdrá un proceso, Zola...

Este no contestó. Se limitó a hacer un significativo movimiento de hombros y volvió hacia la ventana donde quedó, pensativo, apoyado en el alfíizar.

Clemenceau tocó un timbre y apreció el encargado de la imprenta, a quien entregó las cuartillas.

Este pasó sobre ellas la vista y, dirigiéndose a Clemenceau, indicó:

—Este título "Al Presidente de la República" no puede ir.

Clemenceau se quedó un momento en actitud de meditación. Luego, decidido ya, levantó la cabeza y, dirigiéndose a su empleado, contestó:

—Ponga, pues, "¡Yo acuso!"

Zola volvió pausadamente la mirada hacia Clemenceau... Sus ojos se encontraron y se comprendieron.

Y Zola tuvo una señal de asentimiento.

La redacción del periódico de Clemenceau "La Aurora" era una reducida habitación modestamente amueblada. En el centro de la misma había un escritorio lleno de libros y papeles. Frente a éste un gran ventanal que daba a la calle y que llenaba de luz la habitación. A uno de los extremos un *bureau*. Sobre el mismo un quinqué de petróleo y unos libros esparcidos desordenadamente. Al otro lado de la habitación y junto a la puerta de comunicación con el resto de la casa y los talleres, una prensa de copiar.

Clemenceau, sentado frente a su escritorio, lee el artículo que acaba de entregarle Zola con los ojos aun rojos de fiebre... Éste se pasea por la habitación a grandes pasos,

inquieto, nervioso, deteniéndose a veces frente a la ventana para mirar a la calle.

Clemenceau se vuelve hacia él.  
—¿No le parece algo fuerte?— pregunta. Y tendiendo al escritor las cuartillas, añade: ¡Léalo otra vez!

Zola va hacia él, coge las cuartillas y, después de unos momentos de pausa, empieza a leer en voz alta:

"—Acuso al general Mercier de haberse hecho cómplice, por estupidez, de la injusticia más grande del siglo."

Se acercó al escritorio y corrigió una palabra. Luego, sin cesar de pasear por la habitación, continuó:

"—Acuso al general Boisdeffre

\*\*\*

Aquel acto revolucionario de Emilio Zola vino a dar resonancia mundial al proceso Dreyfus al denunciar las injusticias cometidas en el curso del mismo por el Estado Mayor que se oponía abiertamente a la revisión. Su vibrante artículo fué reproducido y comentado calurosamente por la prensa del mundo entero y atrajo las inquietas miradas de todos los países civilizados hacia lo que en Francia estaba sucediendo.

Se llegó entre los ardores de la lucha entre dreyfusistas y antidreyfusistas al horde de la guerra civil. Una pléyade de literatos franceses siguieron las huellas de Zola, alisándose bajo la bandera de la revisión. Toda la intelectualidad fran-

cesa iba, poco a poco, sumándose a la causa de Dreyfus. El mismo Clemenceau, que hasta entonces se había más o menos mantenido al margen, se convirtió en uno de sus más firmes paladines y su diario se erigió en la tribuna de los revisionistas.

El "¡Yo acuso!" de Emilio Zola causó honda sensación en Francia entera y puso en un trance difícil al Estado Mayor que veía con temor aquella cruzada revisionista.

Iba a tener lugar el famoso proceso Zola, que fué seguido paso a paso, con interés inusitado, por el mundo entero.

Pero para que el mismo no pudiera significar en lo más mínimo la revisión del proceso Dreyfus ni

del de Esterhazy, el Gobierno acordó en órdenes terminantes que durante la causa para nada se aludiera a los mismos. Pero, cómo había de ser ello posible si la acusación de Zola contra el Consejo de Guerra que absolvio a Esterhazy por orden superior partía precisamente de las bases de aquellos procesos? ¿Cómo podía hacerse del proceso Zola un proceso separado, ajeno a los otros, si se hallaba precisamente engarzado en la propia entraña de los mismos?

Las tribunas, en la sala de causas de prisiones militares de París, estaban llenas de público y de oficiales vestidos de paisano dispuestos a caer con sus gritos sobre Zola y sus defensores. Era una escandalosa jauría que se tenía dispuesta para en caso necesario lanzarla sobre Zola y amedrantarle.

Éste, en el banquillo de los acusados, serenamente, con dignidad, se levanta para aclarar su situación:

—No estoy aquí porque el Gobierno me haya acusado — dice —, sino porque yo mismo lo quise así.

Sus abogados, Labori y Clemenceau, asienten con la cabeza a sus palabras.

Zola continúa con firmeza:

—Quiero que la verdad, ante la

cual tiembla el Gobierno, recobre sus derechos.

Seguidamente se levanta Labori, Y dirigiéndose al General Mercier, sentado en un banco cercano, rodeado de otros oficiales espectadores, le interpela:

—¿Es cierto que el general Mercier, como ministro de la Guerra, hizo llegar a la sala de deliberaciones un documento secreto referente al asunto Dreyfus?

El general Mercier se levanta rápidamente, adelanta unos pasos y, cuadrándose militarmente ante el jurado, dice, dirigiéndose al defensor:

—Según decisión del tribunal no se discutirá aquí el asunto Dreyfus.

Zola, hasta ahora impasible, se levanta indignado y, golpeando con energía sobre la barandilla, exclama con voz energica:

—Pido que se me permita defenderme y que se interroge a mis testigos. ¡No voy a ser menos que un ladrón!

Sus palabras provocan grandes murmullos en las tribunas. Zola comprende ya la acogida que sus palabras han de hallar en ellas durante el curso de la causa. Y dominando con su voz las de los alborotadores, exclama enérgicamente:

—¡Que se deje probar mi buena fe!

El defensor Labori se dirige de nuevo al general Mercier, sonriendo tranquilamente:

—Ahora el general Mercier puede, si gusta, admitir mi acusación —dice con sorna.

Este, impasible, responde secamente:

—¡No admito nada!

Labori insiste con intención:

—Si el general me da su palabra de honor, le creeré.

El interpelado adopta una actitud solemne y, con voz potente, exclama resuelto:

—Se me pide mi palabra de soldado. Pues bien, declaro que Dreyfus es un traidor y que ha sido condenado legalmente.

De las tribunas públicas salen murmullos de aprobación y algunos gritos significativos.

El Presidente agita la campanilla para imponer silencio.

El defensor, entonces, se levanta y con voz serena dice:

—No ha entendido mi pregunta. Lo que me interesa saber es si en el proceso Dreyfus, a espaldas del defensor y del acusado, se hizo llegar un documento secreto a la sala de deliberaciones.

El general Mercier parece recibir con esta pregunta un latigazo en pleno rostro. Queda unos momentos

confundido y trata de rehuir la respuesta.

—No tengo que contestar a esta pregunta —dice, volviéndose de espaldas a su interlocutor y regresando a su puesto. De los bancos de los militares espectadores y de las tribunas públicas surgen estruendosos aplausos por aquella nueva grosería.

Labori no puede contener su indignación. Y dando furiosos golpes sobre la mesa, profundamente agitado, exclama con voz imponente:

—¡Esto es un escarnio! ¡Aquí se recurre a todo ante la impasibilidad de los jueces, para que no se haga luz en este asunto!

Su protesta, sin embargo, no obtiene resultado alguno. El Presidente llama a los testigos de Zola. Labori rectifica:

—Perdone, pretendemos que se oiga a los testigos, no a nuestros testigos.

En aquellos momentos penetra en la sala el coronel Picquart, recién regresado de Túnez.

El general Pellieux se adelanta a declarar. Kepis en mano y militarmente cuadrado, trata de dar a sus palabras una energía que niega el timbre de su voz aflautada.

—Estoy satisfecho —dice— de haber contribuido a la absolución del comandante Esterhazy. He pro-

bado que hay un solo traidor en el ejército y ese está justamente condenado.

Pasea su mirada orgullosa por la sala comprobando el efecto de sus palabras que son coreadas con murmullos de aprobación por los oficiales y público.

Animado por aquella favorable acogida, continúa:

—De los siete militares acusados algunos han dado su sangre en el campo de batalla, mientras otros... estaban no sé dónde. —Y al decir ésto mira intencionadamente a Zola.

Calurosos aplausos acogen sus palabras. Zola se levanta a hablar. El criterio del público le impide hacerlo. Espera unos momentos a que éste se calle. Luego, con voz reposada y actitud serena, como midiendo sus palabras que parecen tener un matiz doloroso, dice:

—General Pellieux, se puede servir a la patria lo mismo que con la espada, con la pluma.

Labori y Clemenceau, desde la mesa de la defensa, lo miran con ojos empañados por una honda emoción.

Zola, después de una breve pausa y dirigiéndose a sus abogados, como desdeñando dirigir de nuevo la palabra al general Pellieux, dice:

—El general Pellieux, induda-

blemente, ha ganado grandes victorias en el campo de batalla...

Y subrayando sus palabras que parten de sus labios con fina intención, añade:

—... no sé dónde...

Y seguidamente continúa, como iluminado:

—Mi obra ha llevado la lengua francesa a todas las partes del mundo.

Y luego, irguiéndose orgullosamente y dominando con su mirada alta toda la sala, prosigue con voz que ha adquirido cierto tono profético:

—¡Dejo a la posteridad que se decida por Pellieux o por Zola!

Y como aligerado de un enojoso peso se sienta con el rostro iluminado de una expresión triunfal.

Seguidamente se llama al testigo, coronel Picquart.

Este se adelanta con paso firme. Saluda militarmente a toda la sala. Adelanta unos pasos más hacia la Presidencia, dispuesto para la declaración. Se ha hecho de pronto un gran silencio; todo el mundo contiene casi la respiración. Se levanta el jurado y toda la sala se pone en pie.

El Presidente se dirige al coronel:

—¿Jura usted en nombre de

Dios Todopoderoso, decir la verdad?

El coronel Picquart, altivo, marcial, apuesto, levanta solemnemente su brazo hacia el Cristo.

—¡Juro!—exclama con voz grave y recia.

Seguidamente Labori se dirige a él:

—Señor Coronel—pregunta—, ¿por qué se ocupaba usted constantemente del asunto Esterhazy?

—Porque me parecía muy interesante—exclama Picquart sin vacilación alguna. Y casi inmediatamente, como respondiendo a una profunda convicción, añade: —Ya sé que jugaba mi carrera, pero creo que la verdad y la justicia bien valen este sacrificio. Creo—prosigue, mirando a los oficiales cercanos—haber prestado un gran servicio al ejército.

Sus palabras provocan grandes rumores entre ellos. Algunos le miran con expresión despectiva. Picquart, impasible, regresa a su puesto.

Adelanta a declarar luego el comandante Esterhazy. En las tribunas públicas se produce un movimiento general de curiosidad y de simpatía.

El traidor adelanta, paseando su mirada retadora por la sala. Unas mujeres histéricas, fanáticas del

uniforme y de los galones, murmurran: —“¡Qué hombre tan interesante! ¡Dicen que vive con una artista!”

Esterhazy presta juramento. Luego se dirige al jurado en actitud acusadora, jugando displicente con un bastoncillo de junco que lleva en la mano:

—Señores jurados, sin la menor prueba, Mateo Dreyfus ha tenido la osadía de acusarme de un crimen que cometió su hermano.

Y después de una breve pausa que aprovecha para alisarse el cabello con la mano, se lamenta:

—Hace dieciocho meses que por los medios más denigrantes arrastran mi nombre por el fango...

Adopta luego una actitud de altivez y dice despectivamente:

—Contestaré a las preguntas del tribunal, pero a estas gentes—señalando a la defensa y a Zola—no les contestaré.

Grandes y prolongados aplausos corean sus palabras. La chusma de las tribunas anda desmandada pronunciando a menudo vivas y murmullos significativos e impidiendo a la defensa hablar.

Labori, impasible ante las manifestaciones del oficial y la actitud del público, se dirige al traidor, consiguiendo apenas hacerse oír, pese a la potencia de su voz:

—Comandante Esterhazy, ¿reconoce usted haber escrito esta lista? —pregunta mostrando el famoso documento.

Esterhazy le vuelve las espaldas sin contestar. Labori insiste, sin embargo:

—¿No siente usted remordimientos de que el capitán Dreyfus languidezca en la Isla del Diablo?

Esterhazy sigue vuelto de espaldas a él y a la Presidencia, gesticulando hacia el público de tribunas y jugando con el bastoncillo.

Ahora es Clemenceau quien, nervioso, pudiendo apenas contener su indignación, pregunta :

—¿Frecuentaba usted la embajada alemana?

Esterhazy se vuelve esta vez... Mira con mirada interrogadora hacia la Presidencia.

El Presidente interviene dirigiéndose a Clemenceau:

—No puedo admitir esta pregunta.

Clemenceau no puede contenerse. Sus ojos brillan de indignación, su voz tiene el tono de un anatema:

—¿Es que ante el tribunal no se puede hablar de los actos de un militar?—exclama enérgicamente.

—Hay algo más elevado que todo... el honor de nuestra patria—sentencia gravemente el Presidente.

Suena una vez más el coro de aplausos... Está sumándose ilegalidad sobre ilegalidad. A la injusticia cometida se añaden nuevas injusticias... Ya no es un error de lo que se trata. El Estado Mayor está empeñado en no volver sobre su acuerdo para no correr un ridículo y ello a costa de los más elementales principios del Derecho y de la Justicia. La defensa, acallada, se halla impotente por la actitud partidista de la Presidencia y la traída de fanáticos que puebla las tribunas...

Esterhazy, sonriendo, tan seguro de sí antes como después de sus declaraciones, ya que sabe al militarismo a su lado, saluda militarmen te, con cínica actitud, y se dispone a salir de la sala...

Al ir a traspasar el umbral de la puerta, unas mujeres tienden hacia él sus manos:

—Ha hablado usted admirablemente—le dicen.

Y Esterhazy, adoptando una orgullosa actitud, envanecido, exclama mirando a los abogados defensores:

—Sólo faltaría que yo diese explicaciones a un hombre civil!

Sus palabras eran el fiel reflejo de la realidad que mantenía a Francia en insostenible tensión y la abocaba a un caos: la lucha entre el

poder legítimo, el poder civil, el poder del pueblo contra el militarismo que se imponía por la fuerza de la espada. Era la lucha de viejas y arcaicas tradiciones, de épocas pretéritas contra una nueva era. Aquella era la verdad por la cual luchaban Zola, Clemenceau, Jean Jaurés y que había de arrastrar en breve tras de sí a todo el pueblo en ansias de renovación y de progreso...

Zola, que contemplaba aquella escena con cierta mezcla de repugnancia y commiseración, volvió los ojos contristado. Las tinieblas eran eran aún muy espesas para que pudiera penetrar aquella débil luz que se intentaba llevar al corazón de Francia para que le iluminara nuevas y grandes perspectivas.

El general Pellieux se adelanta de nuevo a declarar convencido, ahora, de que con sus manifestaciones decidirá la causa.

—Para poner fin a estas acusaciones de la defensa—manifiesta—, declaro que en el Ministerio de la Guerra existe un documento que prueba en absoluto la culpabilidad de Dreyfus.

Pellieux quería referirse a la carta del agregado militar italiano falsificada por Henry. Una gran emoción se apodera del auditorio.

—Este documento—añade—habla de sus maniobras secretas.

Y luego con gran energía afirma:

—Yo lo vi, y los generales presentes lo vieron también.

De entre los militares surgen grandes murmullos de aprobación... Labori, dominándolos con su voz, pregunta:

—¿Dónde está este documento? ¡Muéstrenlo!—reclama.

El general Mercier adelanta hacia la Presidencia. Sus palabras son una provocación, una coacción al tribunal y al Gobierno:

—Confirmo las manifestaciones del general Pellieux — dice—. Si la nación no tiene confianza en el Alto Mando—añade con voz amenazadora—estamos dispuestos a retirarnos inmediatamente.

Un rugido de entusiasmo brota de la sala. Suenan vivas al ejército y mueras a Zola. El ambiente está cada vez más caldeado, más hostil al célebre escritor.

Henry interviene también:

—Yo mismo recibí este escrito —atestigua—y lo declaro bajo juramento.

Picquart no puede contenerse por más tiempo. Va hacia sus compañeros y, encarándose con ellos en actitud de reto, exclama:

—Quizás me expulsen del ejér-

cito, pero aunque admita la buena fe de mis superiores, no puedo menos de decir que este documento cayó del cielo oportunamente.

Y dando a sus palabras inusitada energía grita:

—¡Este documento está falsificado!

Henry le increpa furiosamente:

—¡Miente usted, coronel Picquart!

Picquart va hacia él en actitud agresiva. Pero, en grandioso esfuerzo, recobra casi inmediatamente el dominio de sí mismo.

Sin embargo, días después, se batieron Picquart y Henry, siendo éste herido en un brazo.

El defensor se levanta luego y exclama:

—¡Un hombre que todavía lleva el uniforme imputa a tres generales una falsificación!

Y Picquart, recalando sus palabras, declara con voz firme y segura:

—¡Lo que digo lo sostengo!

Impertérrito, audaz, se bate contra todos. Su convencimiento absoluto de la verdad le da fuerza y arrestos. Labori se levanta y dirigiéndose a la Presidencia:

—Señores, aquí no se trata de Dreyfus ni de Esterhazy—dice—, sino de la lucha de los generales contra el coronel Picquart.

Y seguidamente añade:

—Pero lo que a nosotros nos interesa —explica— es Dreyfus, prisionero en la Isla del Diablo.

Clemenceau asiente.

—Ciento—dice—, quien nos interesa es Dreyfus, no porque sufre, sino porque sufre por un error judicial.

Y Labori con voz potente y amenazadora añade:

—No es Zola quien está ante el tribunal, sino el prestigio de Francia ante el mundo.

Zola tiene la cabeza entre las manos, abatido, como sintiendo sobre sí el peso de la responsabilidad de aquel momento trascendental.

Y Labori continúa en tono persuasivo:

—Piensen que hoy tal vez vivimos el momento más crítico de la historia de nuestro país.

Y luego solemnemente advierte:

—No olviden, señores jurados, que la sentencia que pronuncien puede tener consecuencias imprevistas.

Zola se ha levantado ahora. Queda unos momentos vacilante. Una gran emoción se apodera de la sala, pese a su predisposición contra aquel hombre eminent. Su voz, apenas perceptible, parece velada por una honda emoción. Sus primeras palabras son una queja.

—Se ha tomado con la mano izquierda lo que se nos ha dado con la derecha—dice—. Se ha limitado arbitrariamente el interrogatorio de los testigos... Se ha intentado hacer callar por la fuerza la voz de la defensa.

Habla serenamente. Su voz va subiendo de tono poco a poco. Labori y Clemenceau asienten con la cabeza a sus palabras.

Luego de una breve pausa, irguiéndose con dignidad y abriendo los brazos, mira hacia el público, sobre el que pasea su mirada serena y limpia.

—¡Mirenme bien, señores!—exclama—. ¿Es mi cara la de un traidor, la de un embustero vendido?

Un gran silencio se ha hecho en la sala. Sus palabras han producido una sensación momentánea.

—¿Qué es lo que quiero yo?—añade—. Nada ambiciono. Soy un escritor que vive de su trabajo.

Va animándose a medida que habla. Sus gestos van adquiriendo poco a poco inusitada energía.

—Pero, ¿no comprenden ustedes como yo que la nación muere en la oscuridad en la que se la quiere dejar obstinadamente? Una mentira arrastra la otra y el cántaro está a punto de rebosar—exclama en tono de grave advertencia.

Y luego de una breve pausa, gri-

ta enérgicamente golpeando con la mano sobre la barandilla:

—Aquí se ha cometido un error judicial y para ocultarlo se comete cada día un nuevo atentado contra la razón y la justicia.

Acababa de poner el dedo en la llaga. Sus palabras son acogidas con ruidosas protestas que duran largo rato. Es el anuncio de la tempestad que se cierne amenazadora sobre él a punto de estallar.

Las protestas dan a Zola nuevos bríos.

—Quizá piensen ustedes: “¡Qué importa que un inocente sufra en la Isla del Diablo! ¿Pesa tanto el interés de uno para entregar el país al desorden?” ¡Pues se equivocan ustedes, señores! En esta hora de crisis por que atraviesa la nación sólo hay un camino... Este camino es el de la Verdad y la Justicia.

Nuevamente grandes murmullos ahogan sus palabras. Labori y Clemenceau se remueven en sus asientos, nerviosos, agitados por una santa indignación. Zola, tratando de dominar con su voz el griterío de la sala, exclama:

—¡Juro que Dreyfus es inocente! ¡Por mi vida y por mi honor lo juro!

Público y militares le increpan escandalosamente. Se oyen ¡Muera Zola! La Presidencia poco hace

## EL PROCESO DREYFUS

para acallar los insultos, e incluso las amenazas. Zola no hace caso a aquella trailla de energúmenos lanzada contra él y, dirigiéndose al jurado, sigue con voz grave y recia:

—¡Por mi trabajo de cuarenta años, por el prestigio que este trabajo haya podido darme a los ojos del mundo, juro que Dreyfus es inocente!...

Las tribunas y los militares redoblan sus gritos y sus amenazas. Ahora la Presidencia, agitando la campanilla, procura inútilmente acallarlos. Zola, sin embargo, sigue impertérrito:

—¡Que mi nombre caiga en el olvido, que desaparezca mi obra sin dejar rastro! Yo seguiré diciendo: ¡Dreyfus es inocente! — y subraya sus palabras con energicos gestos que por momentos consiguen impresionar a la sala.

Zola ha quedado unos instantes como abatido. Un sudor copioso baña sus sienes. Saca un pañuelo y seca su rostro. Ha quedado un momento agotado por el terrible esfuerzo. Luego, ya repuesto, trata de hablar de nuevo. Los gritos del público se lo impiden. Limpia sus lentes empañados. Por sus ojos han cruzado unas lágrimas. Luego, como quejándose consigo mismo, dice:

—Todos van contra mí... el Par-

lamento, el ejército, el pueblo... Sólo hay a mi favor la idea de la verdad y del derecho.

Y luego alzando la voz:

—¡No he querido que mi país permaneciera indiferente ante la mentira y la injusticia!...

Después de una breve pausa, se enfrenta con el jurado.

—¡Condenadme, jueces!—exclama—. Algún día agradecerá la nación al que hoy ha intentado defender su honor...

Y se deja caer sobre su banco rendido por el esfuerzo realizado.

Labori se levanta entonces seguidamente e imponiéndose con su voz a los murmullos de la sala, exclama dirigiéndose al jurado:

—¡No se dejen influenciar por los gritos de la muchedumbre!

Y luego, en actitud de reto, prosigue:

—¡Si tienen ustedes valor declarén a Emilio Zola culpable porque ha luchado por el derecho, la justicia y la libertad!

Seguidamente va hacia Zola, seguido de Clemenceau, y ambos estrechan su mano con efusión. El coronel Picquart también, visiblemente emocionado, se dirige hacia Zola que se ha puesto de pie. Se contemplan un momento las dos nuevas víctimas de aquel error que, como mar enfurecido, arrastraba

tras sí cuanto se interponía a su paso. Zola finalmente tiende la mano a Picquart. En su rostro aparecen las huellas de un dolor moral profundo.

—¡A mí me condenarán—le dice—, a usted le detendrán!... Pero nosotros seguiremos luchando hasta el fin.

Y al decir esto, estrecha cariñosamente su mano. Parecía que en aquel apretón se infundían ánimos mutuamente para seguir luchando en aras de la Verdad y de la Justicia.

Fueron inútiles todos los razonamientos. Emilio Zola fué, efectivamente, condenado a un año de cárcel y a pagar una considerable multa. El coronel Picquart fué arrestado. El abogado defensor, Labori, expulsado del colegio de abogados. Las represiones se sucedieron unas a otras en temible avalancha. Parecía que el proceso Dreyfus había de quedar definitivamente enterrado. El militarismo salía triunfante.

Zola, para no cumplir la condena se expatrió a Inglaterra, desde donde, sin embargo, había de seguir trabajando para esclarecer la verdad.

Henry y Esterhazy respiraron satisfechos. Se consideraban ya a sal-

vo de toda sospecha. El proceso Dreyfus quedaba ya rematado con el proceso Zola. Henry no pudo contener una exclamación de alegría:

—Ahora callarán los Zola y compañía—dijo a su amigo.

Y Esterhazy, felicitándole, contestó:

—Fuiste muy hábil en imputar a Picquart la falsificación de la carta neumática. Así nos libramos de él.

Sin embargo, contra la creencia de éstos, la semilla sembrada por el célebre escritor y por Clemenceau había de fructificar ya rápidamente. Un grupo de escritores fundaron "La liga de los derechos del hombre". Los dreyfusistas, partidarios de la revisión, iban sumando cada día mayor número de adeptos. En el Congreso, el Gobierno también era interpelado distintas veces sobre el proceso. Jean Jaurés adoptaba también el partido de la revisión...

Nuevas elecciones daban el triunfo a una mayoría dreyfusista y entonces, cuando se sucede una renovación ministerial y de cargos en el ejército, empieza a adquirir plena consistencia la realidad de la revisión del célebre proceso.

Un tiempo después, el capitán Guignet, por encargo del ministro de la Guerra, a quien habían suscitado algunas dudas unos documentos del proceso Dreyfus, examinaba la carta que había falsificado Henry, única en la cual había íntegramente escrito el nombre del preso de la Isla del Diablo.

Dió varias vueltas a la carta entre sus manos. La examinó una y otra vez a contraluz. Sus ojos reflejaban una gran sorpresa.

—Pero esto sería...—se dijo.

No acabó la frase. Se levantó como impulsado por un resorte y se encaminó hacia el Ministerio de la Guerra para dar cuenta de su descubrimiento sensacional.

En efecto, había comprobado que aquella carta era falsificada, advir-

tiendo que estaba compuesta de varias clases de papel. Se citó a Henry al Ministerio para someterle a interrogatorio y tratar de hacerle confesar.

Cuando Henry entró en el despacho del ministro le esperaban allí éste y los generales Gousse y Pellioux. El ministro había expuesto ya a aquéllos su decisión inquebrantable.

—Hace sólo unos días que el Parlamento me ha designado para el cargo de ministro de la Guerra y estoy decidido a investigar detenidamente el proceso Dreyfus...

Callaron los generales comprendiendo la firmeza de aquella resolución.

El ministro, sentado frente a su escritorio, invitó a Henry a acer-

carse y tomar asiento. Adelantó éste, dejó el kepis sobre el escritorio, y se sentó.

Sin preámbulos, sin rodeos, preguntó el ministro mostrándole su falsificación:

—Coronel Henry, ¿de dónde proviene esta carta?

—La recibí por el conducto usual de la embajada alemana.

—Es el único documento que contiene el nombre de Dreyfus con todas sus letras—advirtió el ministro.

Y luego, subrayando sus palabras con una fina intención, manifestó:

—Por esta carta juraron los generales en el proceso Zola, por esta carta juré yo en el Parlamento.

Se siguieron unos momentos de silencio. Luego, alzando la voz, dijo con tono energético:

—¡Pues bien, coronel Henry! ¡Esta carta está falsificada!

Fué un tiro a boca de jarro. Henry, que no lo esperaba, palideció intensamente. Impasible, el ministro continuó:

—¿Y sabe usted por quién?

Henry no hallaba palabras para contestar.

—¡Por usted! — exclamó el ministro levantándose indignado. Henry hubiera querido que se le tragara la tierra. Parecía que el mundo

se le echaba encima. Sus sienes latían furiosamente pareciendo estallar... Insistió el ministro:

—¡Coronel Henry, espero la contestación!

Quedó el coronel unos momentos sin lograr sobreponerse a su emoción. Luego, con voz velada, apenas pudo articular estas palabras:

—Juro que yo no fuí...

Estaba acorralado. El ministro acusó:

—Usted recibió un sobre conteniendo una carta sin importancia que usted falsificó luego...

Henry se vió descubierto. No veía salida alguna. Con voz entrecortada, apenas pudo responder:

—Confieso... que... añadí... algunas palabras... a la carta.

Siguió el ministro apretando el cerco, acusando enérgicamente para producir una confesión concreta.

—Se ha comprobado que la carta está compuesta de varias clases de papel. Lo único que aprovechó usted fué el encabezamiento y la firma. La palabra Dreyfus la añadió usted.

Henry estaba pálido como un cadáver. Trató aún de justificarse.

—Es cierto—murmuró—. Veía a mis superiores inquietos. Pensé que añadiendo una palabra todo se tranquilizaría...

La confesión estaba hecha. El general Pellieux se acercó a Henry.

—Su espada, coronel Henry—ordenó.

Henry obedeció como un autómata. Parecía haber envejecido en un minuto. Se retiró encorvado, vacilando... El suelo daba vueltas bajo sus pies...

El ministro se dirigió a los generales Gousse y Pellieux:

—Esta confesión—declaró—será dada a la publicidad inmediatamente.

El general Pellieux se dirigió al ministro de la Guerra perplejo, confuso:

—Señor ministro—dijo—, pido mi retiro. Engañado por un hombre sin honor, no merezco la confianza de mis subordinados.

Era el orgullo militar vencido. El coronel Henry quedó detenido y conducido al Mont Valérien. Al día siguiente apareció en su celda con el cuello seccionado por una navaja de afeitar. Entretanto, Picquart se hallaba en la suya sentado, la cabeza apoyada sobre la mesa, pensativo. Detrás de él, de pie, Paty de Clam intentaba arrancarle la confesión de culpabilidad en la falsificación de la carta neumática.

—Confiese, coronel, que falsificó usted un documento llevado por

su preocupación en favor de Dreyfus—dijo.

Picquart, sin volver la mirada, contestó con sequedad:

—No me interesa seguir esta conversación, comandante.

En aquel momento apareció un guardia, agitadísimo y cuadrándose ante Paty de Clam.

—Mi comandante—dijo—, el coronel Henry se ha suicidado después de su confesión.

Paty de Clam quedó atónito de sorpresa. No podía creer lo que oía. Por el contrario, Picquart exclamó, con aire de triunfo:

—¡Por fin esto significa la revisión del proceso!...

Y cuando el guardia se hallaba ya en la puerta para marcharse le llamó y dijo intencionadamente:

—Si un día me encuentran ustedes muerto en mi celda, no digan que me he suicidado, sino que me han asesinado.

El guardia desapareció, pero regresó al mismo instante para anunciar:

—Mi comandante, ¡el señor ministro!...

En efecto, entró en la celda el ministro de la Guerra, que se dirigió directamente a Picquart.

—Coronel Picquart —le dijo—, tengo el honor de devolverle personalmente la libertad. Se ha lo-

grado descubrir todos los errores que motivaron su arresto.

Picquart se sintió inundado de una satisfacción indescriptible. Por el contrario, Paty de Clam, que se había retirado prudentemente a un ángulo de la celda, palideció intensamente. Se apoyó a la pared para no caer. La cabeza le daba vueltas.

El ministro tendió su mano a Picquart que éste estrechó con efusión. Una exclamación salió de sus labios:

—¡Ojalá podamos probar también la inocencia del prisionero de la Isla del Diablo!

Esterhazy, enterado de que el proceso iba a ser esta vez revisado definitivamente y previendo que ya no podría contar con tan seguro apoyo como dispuso antes, partió rápidamente hacia Inglaterra para escapar de la justicia.

Entretanto, Mateo Dreyfus, henchido de gozo, se dirigió a casa de su cuñada para comunicar a ésta la fausta nueva.

—Ahora la revisión es un hecho — dijo Mateo—. La confesión de Henry prueba la inocencia de Alfredo.

La esposa amante, que todo lo había sacrificado para que aquel día llegara, prorrumpió en un grito de alegría.

—¡Oh, cómo esperaba yo este día!... ¡Volverá! — exclamó. — ¡Volverá!... Y se echó llorando de alegría en brazos de su cuñado.

Trató de reponerse. Su rostro se animó súbitamente.

—Voy a decírselo a los niños— dijo. Y como en una oración siguió repitiendo, loca de contenta—: ¡Volverá!... ¡Volverá!...

Y luego fué hacia el espejo. Su rostro bello y delicado, aureolado por la dorada espuma de sus cabellos, quedó impreso en la luna. Pasó sus manos por el rostro.

—Mateo, ¿he envejecido mucho? — preguntó.

Su cuñado no le contestó y la abrazó emocionado.

\* \* \*

En la Isla del Diablo, Dreyfus sueña continuamente en su hogar... La imagen de su esposa amada y de sus hijos no se ha apartado un momento de su pensamiento y ello ha sido para él un nuevo motivo de tortura. Está sentado sobre un taburete e inclinado sobre una mesa escribiendo. Ha de forzar poderosamente la vista para penetrar la mirada a través de la oscuridad, a la que no ha podido acostumbrarse, pues se ha pasado días enteros asomado a la pequeña ventana de rejas por la que penetra escasa luz del día. Su cabeza se halla cubierta por un sombrero de paja de anchas alas. Su rostro está sin rasurar, cosa que le hace parecer mucho más viejo de lo que es en realidad.

En aquel momento se oye en la puerta el ruido de introducir la llave en la cerradura. Dreyfus vuelve hacia allí la mirada displicemente y ve entrar a su carcelero que se queda en el umbral para dar paso al director de la cárcel, que entra detrás de él.

Este hace una breve seña al carcelero, el cual se dirige inmediatamente hacia el preso y le libra de las esposas que agarrotan sus muñecas. El director de la cárcel, que ha contemplado la escena con cierta commiseración, se dirige a Dreyfus con voz trémula de emoción:

—Capitán Dreyfus — le dice—, le hago saber que se ha resuelto la revisión de su proceso.

Dreyfus ha quedado sorprendido

por la inesperada noticia. Efectivamente, después de tanto soñar ilusionadamente en este día, el desgraciado había perdido ya toda esperanza de que pudiera llegar.

—Volverá a ostentar el grado de oficial—concluye el director. Y después de saludarle amablemente le deja solo con sus pensamientos...

La puerta ha quedado abierta. Entonces... ¡aquellos son los momentos sin saber qué le sucede. La grata noticia ha llenado su cerebro de una avalancha de pensamientos que pugnan por ordenarse en él. Lleva sus manos a los ojos y se los frota fuertemente para comprobar que no está soñando como antes... como siempre.

Atraviesa la puerta de la celda casi como un autómata. Camina hacia la libertad, hacia aquella honda ilusión agarrotada entre las sombrías paredes de la celda que pugnaba por volar lejos, muy lejos... Se detiene en el umbral de la puerta que da al campo, que es la libertad... El sol brilla esplendorosamente dando a los seres y a las cosas cierto matiz risueño y seductor... ¡No, no está soñando!... ¡Aquellos son los momentos sin saber qué le sucede. La grata noticia ha llenado su cerebro de una avalancha de pensamientos que pugnan por ordenarse en él. Lleva sus manos a los ojos y se los frota fuertemente para comprobar que no está soñando como antes... como siempre.

—Sí, sí, vivo—se dice.

El guardia que está cerca de él le mira sonriendo, con cierta interior satisfacción; está contagiado de su alegría.

Dreyfus respira profundamente para llenar sus pulmones del aire de libertad. Mira fijamente al sol como en un reto. Vencidos sus ojos por la cegadora luz, oculta unos momentos la cabeza entre sus brazos y queda apoyado en la pared... Luego, ya sobre sí, exclama:

—¡Esposa mía... hijos míos... os volveré a ver!

Y su voz queda ahogada por un sollozo... ¡Que la alegría también hace llorar!

Dreyfus fué conducido a prisiones militares en París para esperar allí la revisión del proceso. Allí, en una antecámara, le espera su esposa. Va enlutada, tocada su cabeza con un ancho sombrero negro de fieltro, cubierto el rostro por un espeso velo que impide ver la intensa emoción que la domina.

Dreyfus, vistiendo el uniforme de oficial, algo encorvado por el peso de los años y más que nada por el de los sufrimientos, va hacia ella... Sus brazos se disponen, inconscientemente, a abrazarla... Todo su ser va hacia ella empujado por una emoción indescriptible... Pero advina detrás de sí la presencia de un extraño. Se vuelve y ve a un

guardia en el umbral de la puerta. Este, comprendiendo, le dice:

—Tengo orden de asistir a esta primera entrevista.

Pero haciéndose cargo de la situación vuelve la espalda a los esposos.

Estos se han lanzado uno en brazos del otro en una mutua exclamación que sale del fondo de su alma.

—¡Esposo mío!...

¡Cuánto tiempo habían soñado ambos en aquel momento que les inundaba de tanta felicidad que ¡cosa extraña! arrancaba lágrimas a sus ojos que parecían ya agotados de tanto llorar!

—¡Querida esposa!...

Unos días después tuvo lugar la revisión del proceso, en la ciudad de Rennes. Fué éste el más accidentado de todos los celebrados. Un ambiente de hostilidad se respiraba en él. Ya no dominaban allí, como antaño, los antidreyfusistas, sino que las opiniones, esta vez, se hallaban divididas. En el ánimo de los dreyfusistas existía el pleno convencimiento de que aquella vez se acabaría absolviendo.

Dreyfus, legalmente, no podía estar presente a la lectura de la sentencia. Y se retiró a una celda de prisiones militares.

Y, entretanto, en la sala de cau-

sas, a pesar de los argumentos y de las pruebas presentadas, demostrativas de su absoluta inocencia, Dreyfus es una vez más condenado, por cinco votos contra dos, a diez años de prisión.

¡Sentencia verdaderamente incomprendible! Si Dreyfus era considerado culpable ¿por qué no se mantenía la sentencia de los anteriores Consejos de Guerra? Si, por el contrario, se reconocían pruebas de su inocencia ¿por qué se le volvía a condenar nuevamente? Aquella sentencia había de llevar a la causa de Dreyfus más partidarios que toda la larga campaña de Zola, de Clemenceau, de Jean Jaurés...

El inteligente abogado Leblois, que había ejercido la defensa, ha quedado anonadado por aquella sentencia. La esposa de Dreyfus se halla, esperándole, en la antecámara contigua para conocer la decisión. Leblois, emocionado profundamente, abatido, no sabe cómo decírselo, cómo asestar aquel nuevo golpe a la pobre mujer que tanto ha sufrido. Su rostro agitado, triste, habla, sin embargo, lo que sus labios no se atreven a decir...

Se sienta al lado de la desgraciada esposa... Esta queda abatida por la fatalidad. Sus ojos han perdido el brillo...

Leblois trata de animarla:

—Pero ésta no es la última palabra—dice.

Y después de una larga pausa en la que en la quietud de la sala sólo se oye el ruido de su fatigosa respiración, murmura:

—Me falta valor para comunicarle a su marido la terrible sentencia....

La emoción impide a la desconsolada esposa articular palabra... Baja la cabeza, sus ojos se anegan en lágrimas y de su garganta se escapa un sollozo... Aquello parece imposible... ¡Todas las esperanzas se esfuman!...

De pronto en inaudito esfuerzo trata de dominarse.

—¡Yo se lo diré!—exclama levantándose y dirigiéndose pausadamente hacia la puerta. El abogado se pone de pie, admirado, rendido ante aquella valerosa mujer que se meja la imagen del dolor.

Ella se dirige hacia la celda de su esposo. Este, convencido de que finalmente su inocencia habrá res-

plandecido, está tendido sobre la cama hojeando un libro. Su pensamiento, sin embargo, está lejos de allí. Su esposa entra como una aparición. Trata de esbozar una sonrisa que no es más que una triste mueca. En un esfuerzo sobrehumano se impone sobre sus sentimientos.

Sin embargo, la expresión de su rostro la traiciona. Sin necesidad de palabras Dreyfus ha comprendido.

—¿Condenado?—pregunta.

Su esposa se echa en sus brazos incapaz ya de resistir por más tiempo su emoción. Mueve la cabeza afirmativamente. Dreyfus se siente incapaz ya de seguir su penoso calvario y, apartando de sí aquel cáliz de amargura, exclama:

—¡Es demasiado sufrir!

Y, dejándose llevar de su desesperación, gime en un hondo sollozo:

—¡No puedo más. no puedo más!

\* \* \*

En la redacción de "La Aurora" se hallan reunidos Clemenceau, el coronel Picquart, un literato y el hermano de Dreyfus. Parece aquello el cuartel del bando revisionista. Lo que sí es indudable es que de allí han partido las ideas fructíferadoras.

Mateo Dreyfus, que está de pie, exclama agitado:

—Mi hermano quiere morir...

Picquart replica nervioso:

—Su hermano tiene que vivir y hacer una petición de indulto.

Mateo Dreyfus se yergue altivo y protesta:

—¡Pero eso es una humillación!

—¡No hay humillación en esto! —interrumpe Picquart—. ¡Lo importante es vivir! Luego vendrá la absolución.

—Pero mi hermano no es un criminal para pedir gracia — insiste Mateo.

Ha quedado pensativo, vacilante... No se le oculta que su hermano piensa en suicidarse y lo llevará a cabo, pero le duele tener que pedir gracia.

Picquart intenta persuadirle:

—Créame, Dreyfus—le dice—, el ministro firmará en seguida y su hermano recobrará la libertad.

Clemenceau, que hasta entonces había escuchado impasible, se levanta decidido y va hacia el teléfono.

—Ministerio de la Guerra—suplica—. ¡El señor ministro!

Y después de una breve pausa:

—Señor ministro—dice—, aca-

bo de enterarme de que la vida del capitán Dreyfus está en peligro.

Y continúa seguidamente:

—Este caso debía haberse resuelto con la absolución íntegra.

—...

—Una pregunta... ¿Aconsejaría usted a Dreyfus que le hiciera una petición de indulto?

Luego, al cabo de un momento, abandona el aparato. Va hacia el grupo y explica:

—El ministro opina que sólo una petición de indulto puede salvar a Dreyfus.

Picquart mira impaciente a Mateo como significándole que es preciso adoptar aquella solución. Mateo los mira a todos con expresión interrogadora y como queriendo leer en su semblante. Luego se dirige a Clemenceau:

—Y usted, ¿qué me aconseja?— pregunta.

Clemenceau contesta sin vacilar:

—Yo me uno a la opinión del ministro.

Mateo baja la cabeza, está unos momentos indeciso. Picquart se levanta y pone cariñosamente la mano sobre su espalda y dice:

—Si yo fuera hermano de Dreyfus, le diría sin vacilar: ¡Firma!

Mateo, convencido, reconfortado, sale en busca de su cuñada para

ir a visitar a su hermano y someterle aquel acuerdo.

Mateo entra primero, solo, en la celda y explica a Dreyfus la necesidad de solicitar el indulto.

Este se yergue indignado.

—No me has comprendido, Alfredo—le dice en tono persuasivo su hermano—. Tal como están las cosas, la única solución es una petición de indulto.

Dreyfus parece vacilar un momento.

Mateo aprovecha para insistir:

—Todos tus amigos están de acuerdo y todos te aconsejan que firmes.

Dreyfus ha quedado pensativo... Parece que va a ceder. De pronto, brilla en sus ojos una expresión de altivez, de dignidad ofendida:

—¡No, no firmaré!—exclama—. ¡No quiero ninguna gracia, quiero todos mis derechos!

Mateo mueve la cabeza en señal de impotencia. Al fin, piensa, él haría lo mismo. Va hacia la puerta y llama a su cuñada.

—A ver si tú le convences—le dice.

Dreyfus se ha tendido sobre la cama. Va hacia él su esposa y se sienta a los pies de la misma. En sus ojos asoman las lágrimas. Dreyfus se ha incorporado y coge sus

## E L P R O C E S O D R E Y F U S

manos entre las suyas amorosamente.

Ella explica con débil voz:

—¿Por qué no firmas la petición, Alfredo?... ¡Piensa en nuestros hijos!

Y de pronto, ahogada su voz por un sollozo, se echa en sus brazos exclamando con desgarrador acento:

—¡Hace cinco años que te estamos esperando!

Dreyfus queda vencido por el dolor de su esposa. Pasa sus manos por sus rubios cabellos en amorosa caricia. Toda su energía ha quedado rota, deshecha ante el dolor de la mujer tan querida. Se levanta y se dirige hacia la mesa donde ha quedado la petición de indulto, y la firma sin vacilar.

¡Bien merecía la valerosa mujer aquel sacrificio!...

\* \* \*

En julio de 1906, después de siete años de libertad y de continuadas y sangrientas luchas entre dreyfusistas y antidreyfusistas, un tribunal militar reconoció finalmente la inocencia de Dreyfus, anulando las anteriores sentencias pronunciadas por otros Consejos de Guerra.

Después de tantos y tan penosos sufrimientos materiales y morales, Dreyfus veía, al fin, resplandecer claramente, sin nubes que la empa-

ñaran, su inocencia, por la cual había tan valerosamente luchado la compañera de su vida.

Dreyfus fué nombrado jefe de escuadrón y Picquart, que en su lucha por la verdad y la justicia se había visto escarnecido, humillado y pisoteado su honor, fué nombrado general de brigada.

En el mes de julio, Dreyfus era también nombrado caballero de la Legión de Honor. Y en el mismo patio de la Escuela Militar en que

fué degradado, forman ahora las tropas, suenan los clarines para la máxima rehabilitación. Dreyfus viste el uniforme con galones de comandante y kepis con plumero... Los soldados rinden armas en honor del mártir. El general Gillain, que manda las tropas, avanza hacia Dreyfus que permanece cuadrando militarmente, erguido, rejuvenecido:

—En nombre del Presidente de la República — grita—, coronel Dreyfus, le nombro caballero de la Legión de Honor.

El general toca tres veces con la espada el hombro del coronel. Prena de la cruz en su pecho y le da el abrazo de ritual.

Dreyfus, rebosante de alegría, de un júbilo del que parece estallar su pecho, apenas puede decir:

—Estoy muy emocionado.

Picquart va hacia él y estrecha su mano efusivamente. Los clarines vuelven a tocar una marcha militar. La esposa de Dreyfus, detrás de una ventana de la Escuela Militar,

contempla la escena emocionada, llorando de alegría.

Un grupo grita:

—¡Viva Picquart!

Este, con toda la fuerza de sus pulmones, responde a este grito con otro:

—¡No viva Picquart!... ¡Viva Dreyfus!

Y elevando su mirada hacia el cielo, iluminado el rostro, grita con más fuerza:

—¡Viva la libertad!... ¡Viva la justicia!

Y finalmente:

—¡Viva la patria!

Dreyfus une la suya a la voz de Picquart en estos gritos que salen de su alma.

La justicia ha resplandecido... Francia, convencida del error y gracias a aquellos hombres que todo lo sacrificaron por ella, sufrirá una completa renovación en su camino.

Suenan los acordes de la marcha que entona la banda militar y hiere el aire el ruido de los tambores, que tienen, esta vez, un sonido alegre.

FIN

### EXCLUSIVA DE VENTA PAPA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

### COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

### La Novela Semanal Cinematográfica

#### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	Mister Wu.	El pavo real.	Marianita.
El gran desfile.	Renacer.	Bajo los techos de París.	El carnet amarillo.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.	El despertar.	Wu-li-Chang.	Honorará a tu madre.
La princesa que supo amar.	Las tres pasiones.	Montecarlo.	Su última noche.
El coche número 13.	La melodía del amor.	Camino del infierno.	Las alegres chicas de Viena.
Sin familia.	Cristina, la Holandesita.	Mío serás!	Viva la libertad!
Mare Nostrum.	¡Viva Madrid, que es mi pueblo!	Aleluia!	Malvada.
Nantás, el hombre que se vendió.	Sombras blancas.	La mujer que amamos.	El teniente del amor.
Cobra.	La copla andaluza.	Al compás de ¾.	Deliciosa.
El fin de Montecarlo.	Los cosacos.	Almanecer de amor.	Cielo roto adó.
Vida bohemia.	Icaros.	Du Barry, mujer de pasión.	Amargo idilio.
Zazá.	El conde de Montecristo.	La viuda alegre (edición popular).	Honor entre amantes.
¡Adiós, juventud!	La mujer ligera.	Angeles del infierno.	Para alcanzar la luna.
El judío errante.	Virgenes modernas.	Cuerpo y alma.	El hombre que asesinó.
La mujer desnuda.	El pagano de Tahití.	El impostor.	Rindase!
La tía Ramona.	Estrellas dichosas.	Esposa a medias.	La calle.
Casanova.	La senda del 98.	Esclavas de la moda.	El prótugo.
Hotel imperial.	Esto es el cielo.	Petit Café.	Milicia de paz.
Don Juan, el burlador de Sevilla.	Espejismos.	Iay que casar al príncipe.	Amores de medianoche.
Noche nupcial.	Evangeline.	Inspiración.	Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
El séptimo cielo.	Orquídeas salvajes.	El proceso de Mary Dugan.	La hermana San Sulpicio.
Beau Geste.	El caballero.	En cada puerto un amor.	El demonio y la carne (edición popular).
Los vencedores del fuego.	Egoísmo.	Marruecos.	La dama misteriosa.
La mariposa de oro.	La máscara del diablo.	Conoces a tu mujer?	Los claveles de la Virgen.
Ben-Hur.	El pan nuestro de cada día.	El milón.	Pareja de baile.
El demonio y la carne.	Vieja hidalgusa.	La mujer X.	Alma libre.
La castellana del Líbano.	Posesión.	Gente alegre.	Al Capone (Pánico en Chicago).
La tierra de todos.	Tentación.	Mar de fondo.	Mi último amor.
Tripoli.	La pecadora.	La llama sagrada.	Muchachas de uniforme.
El rey de reyes.	El beso.	La ley del harén.	Marido y Mujer.
La ciudad castigada.	Ella se va a la guerra.	La fruta amarga.	Mata-Hari.
Sangre y arena.	Los hijos de nadie.	Vidas truncadas.	Congorila (fuera de serie).
Aguilas triunfantes.	El pescador de perlas.	La fiera del mar.	Carceleras.
El sargento Malacara.	Santa Isabel de Ceres.	Tabú.	Erase una vez un vals.
El capitán Sorrell.	Las dos huérfanas.	El pasado acusa.	Hombres en mi vida.
El jardín del edén.	La canción de la estepa.	Papá piernas largas.	Niebla.
La princesa mártir.	El precio de un beso.	Trader Horn.	Rebeca.
Ramona.	La rapsodia del recuerdo.	Un yanqui en la corte del rey Arturo.	Indeseable.
Dos amantes.	Delikatessen.	El código penal.	Tarzán de los monos.
El príncipe estudiante.	Del mismo barro.	La pura verdad.	El terror del hampa.
Ama Karenina.	Entallados.	Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).	La vuelta al mundo con Douglas Fairbanks.
El destino de la carne.	Cuarto de Infantería.	Carbón (La tragedia de la mina).	Chica bien.
La mujer divina.	Olimpia.	Estudiantina.	Recién casados.
Alas.	Monsieur Sans-Gêne.	Las peripecias de Skippy.	Champ (El campeón).
Cuatro hijos.	Sombras de gloria.	El qué vivida!	La zarpa del jaguar.
El carnaval de Venecia.	Mamba.	El camino de la vida.	Los amores de José Mijica (fuera de serie).
El ángel de la calle.	Ladrón de amor.	Noches de Viena.	El caballero de la noche.
La última cita.	Molly (la gran parada).	Mamá.	Arsène Lupin.
El enemigo.	El valiente.	Eran trece.	La dama del 13.
Amanentes.	¡De frente... marchen!	Cheri-Bibi.	Amor en venta.
Moulin Rouge.	Prim.	Bésame otra vez.	El pecado de Madelon Claudet.
La bailarina de la Ópera.	El presidio.	Camarotes de Jujo.	La casa de los muertos.
Ben Ali.	Romance.	Los hijos de la calle.	El Proceso de Dreyfus.
Los cuatro diablos.	El gran charco.	La divorciada.	
Rife, payaso, riel.	Tempestad.	Madame Satán.	
Volga, Volga.	El dios del mar.	¿Cuándo te suicida?	
La sinfonía patética.	Anne Christie.		
Un cierto muchacho.	Sevilla de mis amores.		
Nostalgia!...	Horizontes nuevos.		
La ruta de Singapore.	Ben-Hur (edición popular).		
La actriz.	La incorregible.		
	El malo.		

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

## Próximo número:

La superproducción de positivo éxito

## **LA VIDA DE UN GRAN ARTISTA**

por el clown más famoso del mundo,  
**GROCK**, y **GINA MANÉS**.

## En preparación:

## **EL DOCTOR X**

Escalofriante producción, interpretada  
por **LIONEL ATWILL**, **FAY WRAY**, etc.

## **VIOLETAS IMPERIALES**

por **RAQUEL MELLER**. Diálogos y magníficas canciones en español.

## **EL ULTIMO VARON SOBRE LA TIERRA**

Maravillosa opereta, en español, por  
**ROSITA MORENO** y **RAOUL ROULIEN**  
Sugestivas canciones. Picardía a granel.

**¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!**

Coleccione usted los nuevos  
aciertos de  
**Ediciones BISTAGNE**

## **EXITOS CINEMATOGRAFICOS**

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elis-  
sa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO,  
por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe  
Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por  
Mady Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por  
Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard,  
Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un  
coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPÁ POR AFICION, por Warner  
Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Law-  
rence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDAROPA,  
por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward  
G. Robinson, Loretta Young, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por Wi-  
lliam Haines y Dorothy Jordan.

Lujosa presentación. 8 interesan-  
tes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos



## **LOS MEJORES FILMS**

NÚMEROS PUBLICADOS:

### **Chandú (Fantasía oriental)**

por Edmund Lowe e Irene Ware

### **El dinero tiene alas**

por Will Rogers, Dorothy Jordan,  
etcétera

ESTA SEMANA:

### **No quiero saber quién eres**

por Liane Haid y

Gustav Froehlich



Inmejorable presentación. 8 inte-  
resantes fotografías en papel  
couché. Precio: **50** céntimos

## AVENTURAS FILM

### Números publicados:

- Núm. 1. SANGRE INDIA, por el coronel Tim Mac Coy.  
" 2. EL CAPITAN SIN MIEDO, por Tim Mac Coy.  
" 3. EL PERRO DETECTIVE, por Lionel Barrymore.  
" 4. EL GATO SALVAJE, por Tom Mix.  
" 5. AJUSTANDO CUENTAS, por Fred Thompson.  
" 6. LOS JINETES DEL CORREO, por R. Cortez.  
" 7. CAMINO DE ARIZONA, por Gary Cooper.  
" 8. EL RIO DEL OLVIDO, por Jack Holt.  
" 9. LOS DIABLOS AMARILLOS, por T. MacCoy.  
" 10. EL AGUILA DEL MAR, por Ricardo Cortez.  
" 11. EL CAPITAN BLOOD, por J. Warren Kerrigan.  
" 12. LA HORDA MALDITA, por Jack Holt.  
" 13. LA BESTIA DEL MAR, por George O'Brien.  
" 14. LA LEY DE "RELAMPAGO", por "Relámpago"  
" 15. CITA TRAGICA, por George O'Brien.  
" 16. EL TERROR DE LA PRADERA, por John Mac Brown.  
" 17. EL PACIFICADOR, por Buck Jones.  
" 18. LINAJE DE LUCHADOR, por George O'Brien.  
" 19. LA BANDA DEL RIO ROJO, por Tom Mix.  
" 20. EL JINETE AUDAZ o AJUSTANDO CUENTAS, por Ken Maynard.  
" 21. LA NOBLEZA DE UN PIEL ROJA, por Tim Mac Coy.  
" 22. EL CAPITAN MURCIELAGO, por J. Walker.  
" 23. CON LA PARCA AL ANCA, por Tom Mix.  
" 24. CAMINO DEL DESQUITE, por Tom Mix.  
" 25. EL JINETE MISTERIOSO, por Jack Holt.  
" 26. BLANCOS CONTRA INDIOS, por Búffalo Bill.  
" 27. UN ALMA VALEROSA, por Art Acord.

Cada cuaderno contiene una novela distinta completa

Precio: 15 cts.

56



E. B.

Precio: Una peseta